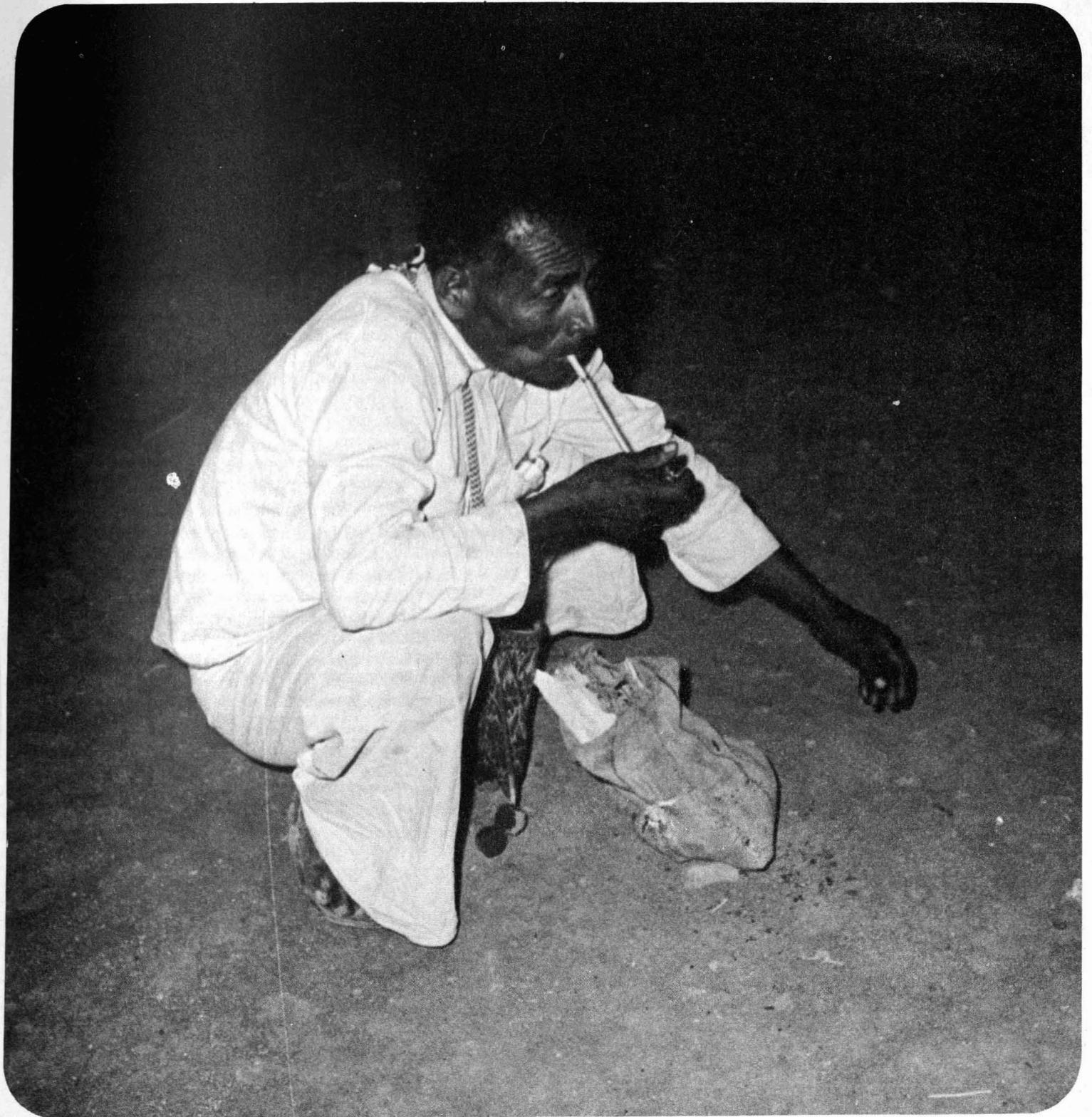


FERNANDO
BENITEZ
HISTORIA
DE UN
CHAMAN
CORA



1

OBTENCION DE PODERES Y VIDA PROFANA

Las cartas del Gobernador de Nayarit, mis "cartas credenciales" ante el Presidente Municipal y el Gobernador de la Tribu, habían sufrido el destino de los mandamientos que el Emperador Carlos V enviaba a las autoridades indianas: se las ponían sobre sus cabezas y pronunciaban la fórmula consagrada: "Respétese, pero no se cumpla".

El Presidente Municipal se concretó a reunir en el destartado ayuntamiento una media docena de coras bajo la mirada impasible del Secretario. Ninguno hablaba español y ninguno se reveló capaz de darme la menor información. Los "cantadores" que conocían vivían lejos y trabajaban cuidando a sus pacientes y a sus vacas. Sentían mucho no poder ayudarme.

Mis gestiones con el Gobernador de la Tribu no marchaban mejor. Según lo supe más tarde, se hizo traducir la carta en una junta de Principales y como era de temerse, una sencilla recomendación se convirtió en una delicada cuestión de Estado. El Teniente y el Arcarte adujeron convincentemente que mis verdaderas intenciones les eran desconocidas y en todo caso sus costumbres debían mantenerse secretas.

El pueblo aguardaba, curioso y regocijado, el final de mi visita y yo pasaba los días casi inactivo, sufriendo una temperatura de 35 o 38 grados. El calor de la sequía, en el fondo del cañón, irradiaba espejismos. Al concluir el siglo pasado y todavía en 1934, fecha de la llegada de Robert Mowry Zingg, la Sierra Madre Occidental era el paraíso de la etnología. Los valerosos investigadores, armados con sus cámaras, sus grabadoras de rollos de cera y sus cuadernos, no se daban a basto para recoger el inagotable flujo de la información. Chamanes y gobernantes se disputaban el honor de transmitir sus mitos, sus himnos sagrados y sus rituales a todos aquellos extraños personajes, venidos de lejanos países; yo, armado de infinita paciencia, de grabadoras modernas y de algún dinero, no lograba hacerme siquiera de una fábula infantil. Las montañas, las mismas calles, el cielo, el río, habitados por una multitud de deidades, según habría de enterarme después, sólo mostraban hostilidad, carentes de las claves míticas que los hicieran inteligibles. Los numerosos chamanes habían cobrado una calidad enteramente fantasmal.

Comprendía la situación, lo cual no era muy adecuado para levantarme el ánimo. Hace medio siglo los indios veían sin mucha desconfianza a los "extranjeros", compartían con ellos sus "secretos" religiosos, pero la invasión creciente de las tierras, la vuelta de los misioneros, las presiones ajenas, las trampas y saqueos los habían cambiado. Nadie cruza la barrera montañosa por altruismo. Todos buscan un beneficio personal a su costa, tratan de robarles algo —mitos, vacas, maíz, santos, iglesias— defienden su patrimonio ocultando la cabeza bajo su concha, como lo hace el armadillo, uno de sus animales sagrados.

Primer aliado

Desde mi llegada, busqué ayuda del profesor Aurelio Kánare (Manta) Director de la Escuela y descendiente de uno de los informantes de Preuss, sin ningún resultado. El hecho de haber acudido a su enemigo el Presidente Municipal, aumentó su cautela y me recibió fríamente.¹

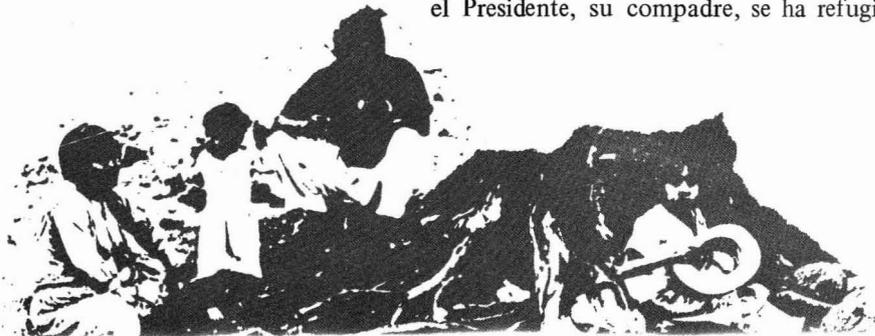
Había llegado el momento de olvidarme de mis cartas credenciales, del Ayuntamiento, del Obispado, del Gobierno de la Tribu por mí mismo. No había nadie mejor que Aurelio para orientarme en el laberinto y una mañana temprano decidí caerle de improvisto en su huerto, situado sobre la pista de aviación, a poca distancia del río. Aurelio, valiéndose del dibujo de una enciclopedia, ha construido una noria egipcia de péndulo, lo que le permite regar sus papayos, sus naranjos, sus mangos y una pequeña hortaliza.

Lo encuentro con el torso desnudo, accionando la larga pértiga y haciendo correr el agua por los canales. Cora puro, hombre orgulloso y severo, su rostro de altos pómulos sin duda semejante al del Tonati, El Gran Sacerdote del Sol cuyo retrato debemos al Padre José Ortega, revela una antigua dureza. Pasó su niñez en una región que desconocía la invasión de los mestizos y aunque desgraciadamente no tuvo tiempo de completar el retrato de su vida, anoté un episodio que puede arrojar alguna luz acerca de las amarguras sufridas por un niño cora.²

Como su padre había muerto joven, la familia debía solicitar continuamente la hospitalidad de los parientes; en cierta ocasión, hallándose de viaje, su madre enfermó de gravedad. Aurelio tuvo que dejarla acostada bajo la sombra de un árbol al cuidado de sus hermanos mientras iba en busca de un curandero; cuando regresaba vio en la orilla de un río crecido, tratando de cruzarlo, a Moashá Awakan, el Venado Bermejo. Para evitar que se ahogara, Aurelio gritó ahuyentándolo; en ese instante escuchó el graznido del tecolote anunciando la muerte de su madre.

Ese episodio y otros muchos, reveladores de su extremado desvalimiento, no los ha olvidado y deben haber influido en su carácter. A él lo salvó —y en este caso se hallan casi todos los jóvenes indios del país— una escuela rural recién fundada en Jesús María donde estudió carpintería y herrería. Cerrada la escuela al poco tiempo, terminó la normal en Ixmiquilpan y después volvió a la Sierra.

Su cultura, su catolicismo —uno de los rasgos del ascenso social—, la convicción de su propio valer y su honestidad determinan que viva en continua lucha contra los restos de su cultura tradicional y los métodos impositivos del Ayuntamiento. Desgarraído por esta ambigüedad se ha erigido en censor de las autoridades. Desearía ser el Consejero supremo del pueblo, pero rechazado por el Presidente, su compadre, se ha refugiado en el Gobierno de la





Tribu donde también resulta un extraño debido a su catolicismo y a sus hábitos occidentales. Situado en el centro del conflicto, sin alcanzar la titularidad de la dirección por carencia de estudios superiores, agrava su situación la enfermedad crónica de su mujer y la necesidad de sostener a sus numerosos hijos. Tantas adversidades no lo han doblegado. Su casa, la mejor del pueblo y la única que posee una letrina; su huerto, arrancado al desierto con un enorme esfuerzo, no estimulan a nadie. El es consciente, además, que su trabajo de maestro se pierde en un abrumador porcentaje. Activo agente del cambio social donde quiera que se mueva tropieza con una contradicción. Las ideas del profesor normalista se oponen al orgullo de ser cora y las resistencias que afronta la escuela son las resistencias que opone un medio del cual forma parte. El cora que vive como un mestizo detesta la avaricia y el racismo de los mestizos; su formación normalista y católica lo hace condenar patrones sociales y religiosos que acata sin saberlo.

Aurelio, desde luego, conoce a fondo los rituales coras, ha oído desde niño los cantos chamánicos que ya olvidó o nunca aprendió de memoria, pero en materia de "Santos" católicos puede dar lecciones al mismo Obispo. Toda la sabiduría religiosa la ha transferido al recién adquirido catolicismo y no se da cuenta de su heterodoxia, de que está plagado de herejías y supersticiones.

Descontando su estilo de profesor normalista y su catolicismo en el fondo permanece como un cora irreductible. Hace flechas para sus hijos enfermos, solicita el auxilio de los curanderos, participa en las fiestas tradicionales. Funge de consejero y traductor ante el Gobierno de la Tribu y acepta inconsciente una duplicidad de dioses y de rituales tratando de mantenerlos separados.

Vencida su desconfianza inicial, prometió servirme de traductor y de informante el tiempo que le dejaran libre sus clases y cumplió su palabra hasta el fin de mi estancia en Jesús María.

El chamán Espiridión Altamirano Lucas

Teniendo el primer aliado recurrí a mi casero. Juan Molina había elaborado un complicado plan sobre mi estancia en Jesús María y todo podía permitirlo menos que saliera en busca de chamanes a los poblados de Santa Teresa o de la Mesa: Un medio día, encandilado por la vista de dos billetes nuevos —el valor aproximado de un cerdo— aparejó su mula y anocheciendo regresó acompañado de Pilo, el único cantador que en una extensa región estaba dispuesto a revelar los secretos de la tribu. Vestía dos camisas superpuestas —una color naranja—, calzones de manta parchados y rotos y un viejo sombrero; de su hombro colgaba el imprescindible morral bordado ricamente. Desde el primer momento comprendí que Espiridión Altamirano Lucas —Pilo Tamirano Lucas, como él se decía— era el chamán ideal. Se le tomaría como un campesino

cora —lo que tanto equivale a calificarlo de mendigo— si su cara expresiva, la dignidad de sus ademanes y su inteligente persuasión no se hicieran sentir a los pocos minutos de tratarlo. Pilo habla bastante castellano, domina el huichol, idioma esotérico de los grandes chamanes, sabe de memoria los innumerables versos de "Las Pachitas", los cantos del ritual agrícola y los conjuros necesarios a su profesión de curandero. Tiene 40 vacas, una docena de cerdos, él mismo cultiva el coamil y percibe sumas apreciables de su clientela.

Una vez que está solo en el cuarto y puede concentrarse, es decir, una vez que, para decirlo con las palabras de Jung, cumple el rito de entrada y crea el estado de alma, la emoción, el humor necesario a la acción que debe realizar, puede cantar horas enteras frente al micrófono de la grabadora sin dar señales de fatiga, a condición de no ser interrumpido. Una pregunta, una aclaración, una visita inoportuna lo expulsan del tiempo sagrado y lo desconciertan a tal grado que le es imposible retomar el hilo del canto o del relato. El canto tiene que ser dicho entero, y si me cuenta algún episodio de su vida tan íntimamente ligada a su profesión de chamán y curandero, debe también contarla entera a modo de una confesión general y sin omitir ningún detalle por vergonzoso que parezca dentro de nuestras concepciones occidentales. Simplemente se dice todo o no se dice. Obsesionados por lo sexual, el mayor terror de los chamanes consiste en violar sus votos de castidad y esa regla establece una serie de prohibiciones que todos están obligados a respetar. La transgresión de ciertos tabús, el olvido de determinadas obligaciones religiosas o sus relaciones con los temidos muertos constituyen el origen principal de enfermedades y quebrantos. La obligación del chamán consiste en revelar su causa oculta a los ojos profanos, en ir hasta el fondo del alma buscando la verdadera razón del mal y este método se lo aplica a sí mismo cuando relata su propia vida.

Su extraña franqueza es paralela a su gran humildad. En las inmediaciones de Jesús María hay dos o tres chamanes muy temidos que no revelan sus secretos profesionales y cobran enormes cantidades por sus servicios. Pilo se conforma con lo que "es la voluntad de sus clientes". Ejerce su profesión con el mayor escrúpulo, sin importarle ayunos, desveladas, privaciones o sobre todo maledicencias, comunes en un pueblo ocioso donde todo llega a saberse y existe una competencia chamánica considerable. Pilo no habla malignamente de sus colegas ni alude a su medio hermano, ya amestizado, ignorante y rijoso, empeñado en denigrarlo.

Tuvimos al principio un desacuerdo. Ciertos vecinos envidiosos le dijeron que yo le robaba sus cantos con el propósito de reproducirlos en el mercado de Tepic y él debía cobrarme 15 pesos por canto. Hicimos cuentas: 20 cantos sumaban 300 pesos, una cantidad cinco veces menor de la convenida inicialmente y



cuando Pilo comprendió el engaño se esforzó en compensarme dedicándome todo su tiempo. Salía en las noches a curar y regresaba al amanecer puntualmente con los ojos enrojecidos a causa de la vigilia. Surgieron otras dificultades que pudieron vencerse y mi amistad ulterior con el Gobernador de la Tribu algo lo preservó de las sanciones en que incurren los chamanes indiscretos.

En una ocasión se presentó trastornado quejándose amargamente de que Tajá o Hatzikan, La Estrella de la Mañana, se le había aparecido en sueños y le había lanzado una flecha por revelarme los cantos sagrados. Yo lo tranquilicé, le dije que esperaba su confesión pues Nuestro Hermano Mayor también se me apareció en sueños, advirtiéndome que un muerto maligno disfrazado de Tajá trataría de hacerle daño y en prueba de buena voluntad, me había dado un remedio para curar el dolor de su estómago.

Disolví sin ser visto dos comprimidos de Alkaseltzer en un vaso de agua y se lo dí a beber antes de que se extinguiera la efervescencia. A los diez minutos, Pilo se sintió más confortado. Mi contrasueño anuló el sentimiento de culpa y ante mi gran sorpresa provocó una revelación inesperada. El muerto no era un enviado del Hermano Mayor sino el difunto padrastro y violador de su actual mujer, desaparecido hace veinte años que todavía los molestaba pues al morir, la mujer y la hijastra olvidaron hacerle los obligados ritos de pasaje.

La voz de Pilo es ronca, persuasiva y misteriosa. La necesidad de cantar noches enteras lo fuerza a emplear un tono monótono y bajo que provoca cierto hipnotismo y establece un ambiente de sagrada intimidad. Reproduce fielmente los ruidos de la naturaleza y cuando el tema lo exige grita colérico o es capaz de emocionarse hasta las lágrimas. Siente la necesidad de actuar lo que va diciendo, con frecuencia lo veo arrodillado junto a mi mesa recitando en éxtasis una letanía y si se refiere a una ceremonia o a una curación, deja la silla, toma sus bastones emplumados, su pipa de barro rojizo y volviéndose lentamente a los cuatro rumbos cardinales arroja el humo imaginario diciendo:

En el nombre sea de Dios. Dios Penatzi —Dios que eres mi Hermano Mayor—, Dios Peninana —Dios que eres mi Madre—, Dios Penití —Dios que eres mi Tía—, Dios Se Nabaosimoa —Dioses que son Nuestros Padres—.

Sin saberlo habla en verso y se halla tan acostumbrado al recitado de los mitos y las incantaciones que le era fácil, a petición mía, cantarlos en español pues los chamanes añaden sílabas a las palabras, las suprimen, o alargan los finales de la estrofa con el propósito de conservar su ritmo.

Emplea casi siempre el diálogo realista que le permite salvar los obstáculos de su español. Desgraciadamente fue incapaz de traducir los cantos de las fiestas agrícolas y debí recurrir al español de Aurelio, aunque logró ofrecerme versiones directas de su vida y de

sus métodos curativos. El Chamán cura en casos excepcionales se vale del huichol; cierta vez que dijo una incantación en este idioma esotérico se negó a traducirla al cora para que Aurelio hiciera la versión al español. Defendía el secreto irreductible ante uno de los suyos y sólo cuando Aurelio salió, accedió a decírmela en español.

Sus historias o sus oraciones descubren, como es el caso de los huicholes, el temor del hombre colonizado. No confía en nada, no tiene seguridad. Mil temores aparentemente ridículos lo amenazan. Puede picarle un alacrán, una serpiente; los dioses, ante la menor infracción lo castigan con enfermedades y una flaqueza de la carne lleva implícita una amenaza de muerte.

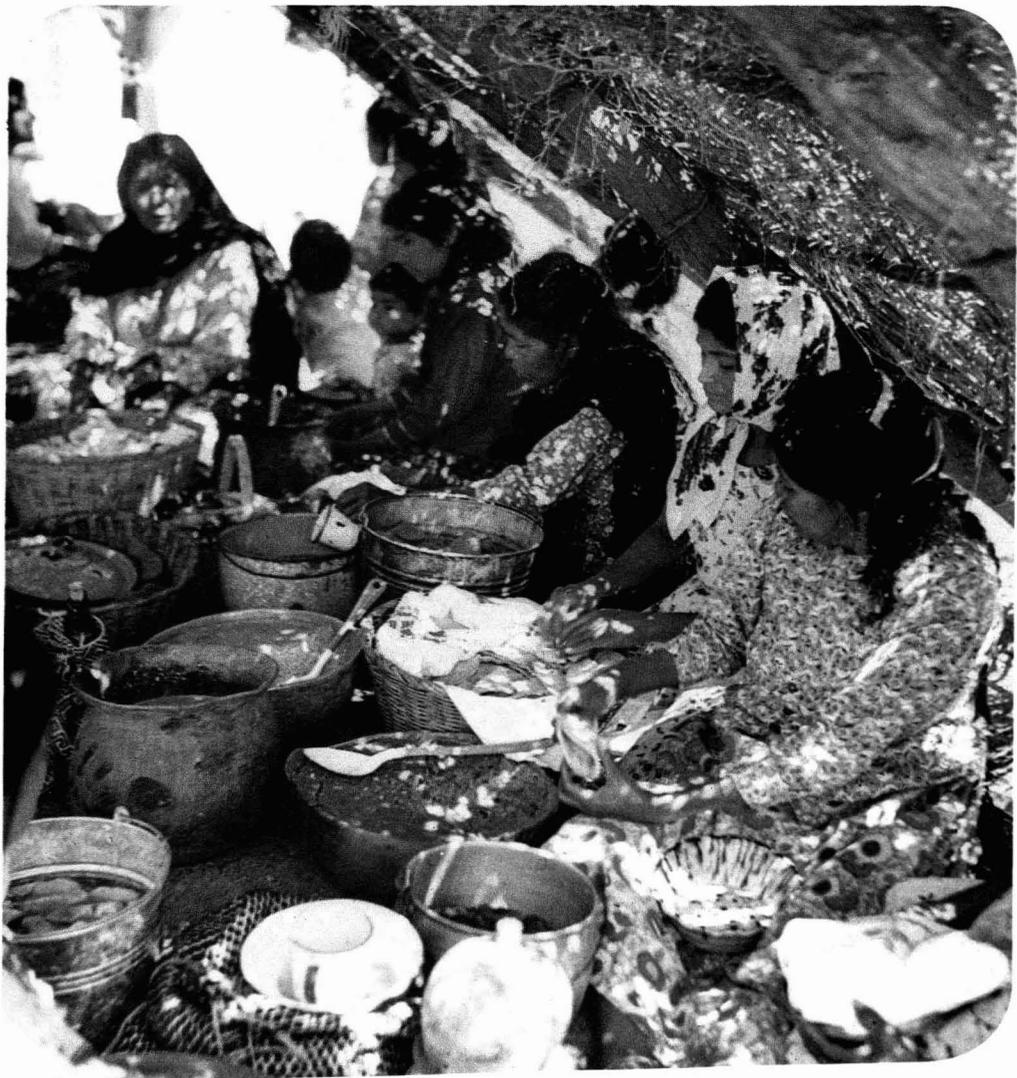
El oficio de curandero exige valor para enfrentar las pruebas de la iniciación y luchar con los muertos y las enfermedades. Consciente de su debilidad, confía en la fuerza de que lo invisten su pipa y sus plumas de águila. Las enfermedades y los muertos son vistos como espíritus malignos y temibles con los cuales ha de combatir ahorcándolos, arrojándolos al agua o arrebatándoles los objetos peligrosos que llevan consigo. De estos combates sale maltrecho y fatigado. Algunas veces sufre desmayos y es necesario levantarlo del suelo y rociarle agua en la cara para que se recobre.

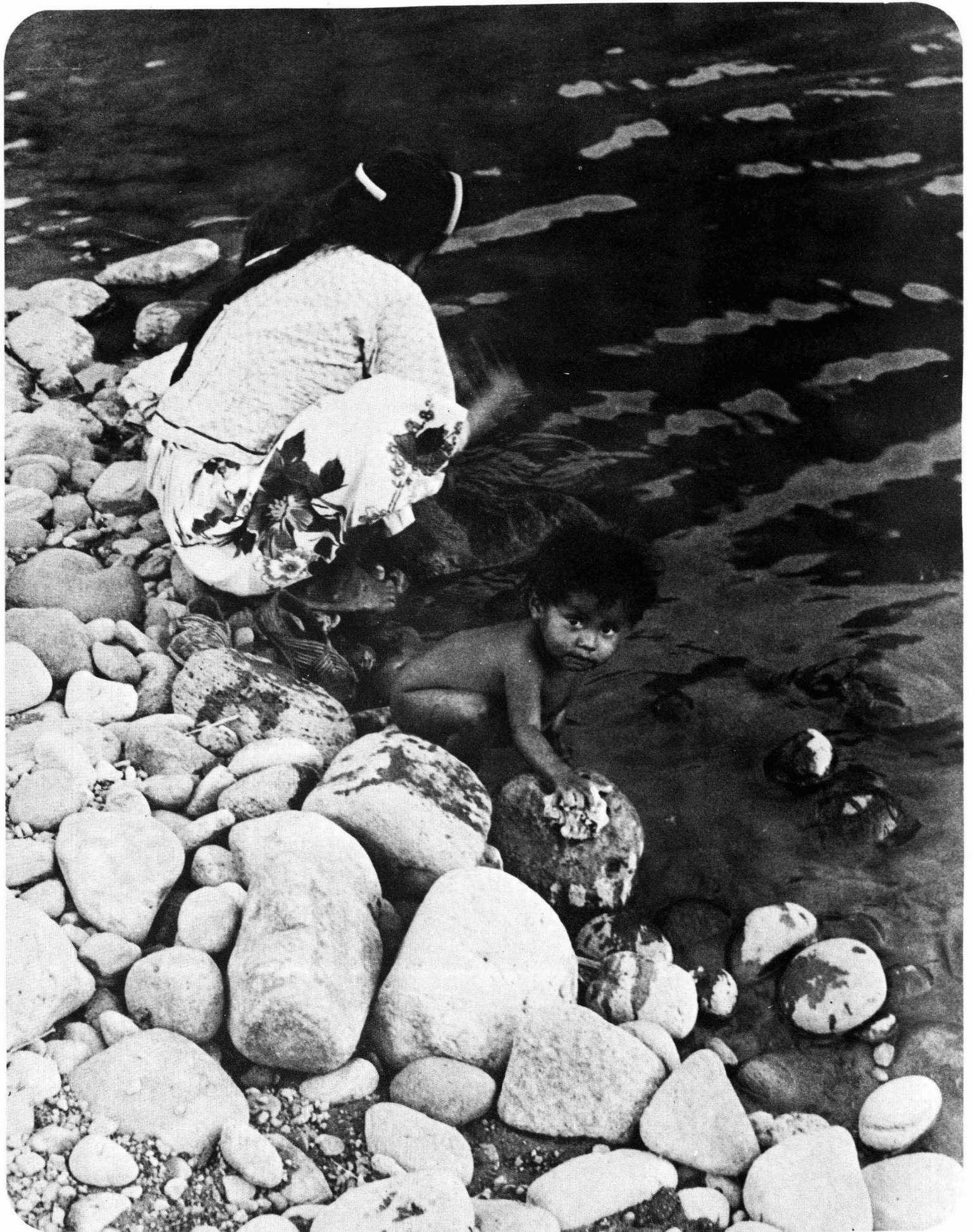
A semejanza de las grandes ceremonias, la vida de un chamán cora se lleva en muy diversos planos. No ofrece una continuidad, ni puede sujetarse a patrones lógicos o temporales. Vista desde adentro, la existencia profana y la religiosa se mezclan, se apartan o se oponen y chocan en un dramático conflicto.

Desde muy pequeño se advierten en él singulares disposiciones: inclinación a curar y a soñar, memoria prodigiosa, curiosidad por los fenómenos sobrenaturales, amor al canto y a la música y entera para someterse a las pruebas iniciáticas. Estas cualidades innatas se van desarrollando paralelamente a su condición de campesino. Diríamos hoy que no es un chamán de "tiempo completo". Toda su vida ha de trabajar cultivando la milpa, cazando o recolectando frutos, una manera de familiarizarse precozmente con las ceremonias privadas, ya que cualquier jefe de familia debe conocerlas y practicarlas en su apartado rancho.

A los trece o catorce años, cumplido el rito iniciático de los adolescentes —la participación en las milicias infernales de la Judea— se presenta el verdadero conflicto: es la edad en que los muchachos se casan y deben elegir entre vivir con una mujer y ceder a un erotismo generalizado, o abstenerse del sexo y adquirir sus poderes chamánicos.³

La obtención de poderes es una experiencia de tales alcances y de un significado tan profundo que constituye por sí sola una unidad que relega al segundo plano las actividades profanas. Hechos los primeros votos —diríamos empleando un lenguaje eclesiástico— él ha de mantenerse casto cinco años; una infracción —la más leve— puede acarrearle peligros mortales. Durante ese periodo trabaja cerca de un chamán, aprende los cantos de "Las





Pachitas” y los de las fiestas agrícolas, los rituales tradicionales y católicos, las incantaciones y las prácticas necesarias a su oficio.

Cumplida la primera prueba se libera del celibato, ejerce su profesión con los niños y desempeña los primeros cargos en el Gobierno de la Tribu.

Luego, a medida que transcurre el tiempo, de “pediatra” asciende a “médico general” de Tenanche a Basta, a Centurión, a Gobernador y a Principal”.⁴

Las etapas se escalonan en orden ascendente. Cada una de ellas obedece a una exigencia, se distingue por una unidad y es la misma experiencia vivida desde otro plano. El culto agrícola que practica el niño campesino lo retoman años después el Basta y el cantador ya no desde el medio familiar, sino desde el ámbito total de la comunidad y el primer rito de iniciación chamánica, se repite una y otra vez en cada uno de los santuarios principales. En el fondo, el chamán sale del tiempo profano y entra constantemente al tiempo sagrado. Esta movilidad, este desplazamiento, crea en sí mismo una serie de desdoblamientos, de apariciones y desapariciones mágicas.⁵

Cuando Pilo recita un canto o un conjuro que ha memorizado durante casi toda su vida, lo recita sin omitir una sola palabra; cuando relata un suceso personal, lo relata siempre de distinta manera incurriendo en contradicciones. Por ejemplo, en una historia comienza los ritos iniciáticos con el aprendizaje de los innumerables versos de “Las Pachitas”, y, en una segunda, con la petición a su Abuelo, el *Tatita Tamirano*, de que lo lleve a la cueva de *Toakamuna* para enseñarle a curar. En un relato cuenta que su hermano Margarito debe hacerse cargo de la familia y del trabajo agrícola, debido a la muerte del padre, siendo él un niño, pero quince años más tarde, el padre está vivo, lo cual no puede atribuirse a un olvido, sino a un extraño mecanismo mental que le hace ver los sucesos en bloque o a una confusión del curandero, pues los difuntos, por una infracción en los ritos de pasaje, muchas veces no abandonan el mundo y siguen causando daños a sus familiares.

La vida de un chamán no corre pues linealmente, ajustada a patrones cronológicos. Presenta las rupturas propias de una polaridad extrema si bien los planos en que la lleva el campesino, el soldado, el esposo, el padre, el chamán, el rezandero, confluyen para integrar una personalidad a punto de extinguirse: la del *Homo Religiosus*.

Adquisición de poderes

Pues yo me nací en el rancho de Los Bules, un día miércoles, el 7 de agosto, según dijo la difunta mi mamá. Había ido a la fiesta del maíz tostado con mi papá y entraron a la danza muy tarde, y de



ahí, en la mañanita, hicieron esquite y comieron peyote y carne de venado.

La difunta mi mamá me tenía en su panza. Al ponerse el sol ya no pudo volver a la casa porque sintió los primeros dolores y caía la noche ya quiso parir. Ella y mi papá, ella y todos los amigos del rancho de Los Bules, estaban borrachos de peyote. Yo nací pronto porque mi mamá había comido *jikuri*. Nací muy tierno, sin ningún pelo, y a los tres años me gustó fumar la pipa porque yo nací del peyote y soy peyotero. Luego, dos cristianos la llevaron a nuestro rancho de Los Pericos donde me crié con harto trabajo.⁶

A los ocho años me daban ganas de curar. Cuando veía a un muchacho enfermo, ya iba solito y preguntaba:

¿A dónde le duele a este muchacho?

Y él entonces me decía:

—Tengo un dolor, aquí. Me dan bascas. No como ni duermo.

Y yo le chupaba y le sacaba de la cabeza una piedra blanca, le sacaba de la panza un grano de maíz.

Así pasaron muchos años hasta que crecí y me hice hombrecito. Un día fui a la casa de mi Tatita, el difunto Tamirano.

—Buenos días Tatita, he venido a preguntarte dónde se aprende a curar. Cómo se piden los poderes. Qué debo entregar a los Patrones. La gente viene a verme, a rogarme que la cure y yo no sé cantar ni hacer nada.

—Bueno, ¿tú quieres curar?

—Sí. Es lo que más quiero en la vida.

—Siéntate en ese banquito. Oye tú, Casimira —le dijo a su mujer—, prepárame un pinolito crudo y un pinolito cocido. Voy a pedirle al Patrón Toakamuna que le entregue a Pilo el poder de curar.⁷

El difunto mi Tatita no tenía plumas, no sabía curar, pero sabía cómo se pide. Ya oscureciendo, recibió el pinole, encendió su pipa y dio una vuelta soplando el humo.

—Párate aquí, Pilo, y oye bien lo que voy a decir: En el Nombre sea de Dios. Dios Penatzi, Dios Penití, Dios Toakamuna, Pilo quiere que tú le des tus plumas y tu pipa para saber curar. A ver si aguantamos y podemos llegar a los cinco años sin tocar mujer. Bueno, acuéstate y duerme; yo quedaré sentado en mi banquito, pensando.

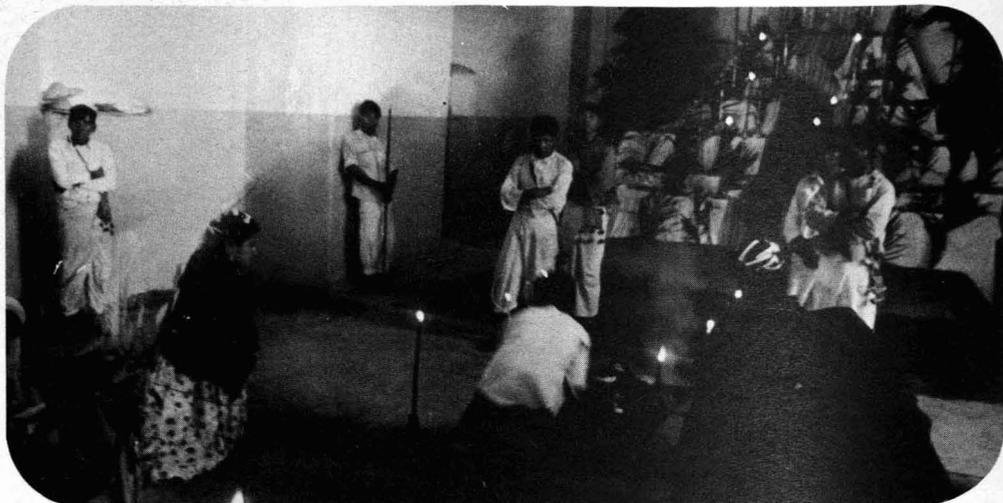
Al día siguiente encontré dormido a mi Tatita. No se había acostado con su mujer. Después se levantó:

—Mire Casimira, vaya a buscar otro poco de pinole y un poco de agua bendita de la iglesia para bañar a Pilo. ¿No hay por ahí una rosita de cempoal?

—Sí, hay una, pero está seca.

—No le hace. Yo aquí me quedo pensando, sentado en mi banquito. Vamos a ayunar toda la jornada.

Pasado el medio día, me roció con agua bendita, echó el humo de su pipa a los dioses, me echó también el humo y rezó:



—A ti San Miguel Arcángel, a ti Hermano Mayor, a ti Tayua, a todos ustedes les digo que este muchacho quiere curar; a todos ustedes les pido que le entreguen sus plumas y su pipa, que le den fuerzas para que en cinco años no agarre a una mujer por ahí.⁸

Nos bebimos el agua y dijo:

—Ahora sí, descansenos. Tú Casimira, prepara un platito de frijoles sin sal, y échate unas tortillas para que comamos los dos; ya no aguantamos el hambre.

Tres días estuvimos ahí rezando, ayunando, no probando la sal. Al cuarto pintó mi Tatita unas flechas, preparó dos pinoles y me dijo:

—Ahora sí Pilo, nos vamos a La Mesa a entregar estas plumas al Patrón Toakamuna.

Y ahí vamos, mi Tatita adelante, yo atrás. En la iglesia entregamos un algodón y una rosita de clavellina a Tatei y a Tajá. Cerca de Toakamuna dejó la flecha. Sesteamos tantito.⁹

—Ahora sí vamos, Pilo.

Entramos a la cueva; se hincó mi Tatita frente a Toakamuna.

—En el nombre de Dios. Aquí vengo, aquí viene Pilo a que le des tus poderes y sepa curar; yo te ruego Dios Todopoderoso, Dios Toakamuna que no se los niegues, que lo ayudes siempre. Quien quita Tayua Toakamuna, alcancemos los cinco años. Pal año entrante vendremos sin falta otra vez.

Se persinó, besó a Toakamuna —yo no oí lo que le dijo a Dios Sol— y nos venimos de vuelta, muy cansados y con harta hambre.

—Buenas tardes Casimira; ya llegamos. Ya vamos a comer pero sin sal.

Me hizo un muveri de tres plumas y me dijo:

—Bueno Pilo, ya te vas. Recibe tu muveri, recibe esta pipa que me dio Toakamuna.

Puedes fumar, puedes comenzar a curar.

Llegué con mi papá y no le enseñé mi pluma. Me quedé alegre. Ahora sí ya estoy bravo, ya puedo pelear contra la enfermedad. A veces sacaba por ahí la dolencia. Un maíz, un gusano. Al año volví a La Mesa en compañía de mi Tatita. A los dos años me hizo dos muveris, tres a los tres, cuatro a los cuatro, cinco a los cinco. Yo ayunaba y estaba más alegre y le pedía a los dioses que me ayudaran porque ya era grande y si no cumplía mis promesas podía morirme.

Pilo aprende a cantar pachitas

Después me habló el difunto mi Tatita Leocadio Tamirano y me pidió que viniera a cantar Pachitas.

—Está bueno —le respondí—. ¿Cuándo vengo, mi Tatita?

—Mañana nos vemos.

—Vivíamos arriba de Los Bules y ya nos venimos el día martes. El sábado hicimos la bandera con su pluma de urraca en la punta.

Por la noche la llevamos a la cruz que está en medio del atrio; allí amaneció el domingo y a mediodía salimos a cantar.

Al poco tiempo me dijo el difunto mi Tatita:

—Yo me voy a morir y quiero dejarte de Cantador, porque nadie sabe cantar todos los cantos.

Esa misma noche soñé que Tatei me dio una rosita blanca, una flor de corpo. A las once de la noche me dijo:

—Aquí está la flor de corpo. Te la doy para que sepas cantar bien en este pueblo de Jesús María, la mera cabecera de la nación cora.

—Aprendí “Las Pachitas” de oídas y a los dos años ya entendí todas “Las Pachitas”. No hubo cantador ni lo hay hasta la fecha que sepa cantarlas completas.

Es la única vez que Pilo deja asomar una punta de orgullo, por lo demás enteramente justificado, ya que “Las Pachitas” comprenden 70 melodías diferentes y once tipos de letras divididos en dos grupos: el “mexicano”, donde predominan las palabras nahoas y el “papaqui”, donde predominan las palabras castellanas deformadas.¹⁰

Posiblemente existen más de cien canciones que el chamán canta del dos de febrero a la madrugada del miércoles de ceniza, de casa en casa, acompañado de un violinista, cinco funcionarios religiosos y una niña, llamada la Malinche, ataviada con un traje blanco que debe ser prestado y con un sombrero cuajado de listones.

El día de la Candelaria los Justicias, por órdenes del Gobernador de la Tribu, inician las fiestas cortando un largo otate de seis metros. Lo llevan a la iglesia y ahí los tenanches fijan en su extremo superior un penacho de urraca, un pequeño lienzo y cuatro o cinco campanitas de bronce. Después de celebrar una ceremonia secreta de consagración, varias mujeres viejas arrojan pinole a la “bandera” y a las cabezas de los pachiteros.

Llegada la Malinche a una casa, golpea rítmicamente el cabo del otate sobre la piedra redonda, que está siempre frente al dintel de la puerta, haciendo sonar las campanas mientras el violinista toca un fragmento de melodía que canta el chamán y repiten sus acompañantes. Cuando terminan la canción sale el jefe de la familia con un saco de pinole, lo distribuye generosamente, y empleando otro pinole amarillo hecho de maíz podrido, pinta la bandera y las caras de los “pachiteros”. Al mediodía se les ofrece una comida, por la noche ejecutan bailes los danzantes, y duermen —a excepción de la niña— en la casa del Santo Entierro.

Nadie sabe con exactitud qué representa esta ceremonia tan prolongada y monótona en la que sólo cambian las melodías y las letras de las canciones. El folklorista Téllez Girón (1939) dice que las pachitas simbolizan la persecución del niño Jesús por Herodes y el etnólogo Thomas B. Hinton (1969) afirma que la finalidad de



los cantos y los bailes consiste en atraer a Cristo y prenderlo. Ambas interpretaciones no aclaran del todo esta especie de carnaval cora o de vísperas de la Semana Santa que, a semejanzas de otras fiestas cristianas, enmascara algunos rituales del arcaico.

Los huicholes, durante las grandes ceremonias agrícolas, también hacen bandera; que llevan a los remotos santuarios como una señal de haber cumplido sus obligaciones religiosas. Las banderas tienen el carácter de mensajes, son instrumentos de comunicación y en este sentido ofrecen cierta semejanza con la bandera cora. Sin embargo, sus dimensiones —reminiscencia del poste por el que ascendían los chamanes siberianos— pueden significar una propiciación a los dioses de lo alto ya que el lunes de la Semana Santa se propicia igualmente a los dioses del inframundo enterrando ofrendas en determinados lugares de “Jesús María”. Su carácter celeste de cualquier manera está fuera de duda. La bandera bajó del cielo a petición de los chamanes. Sacraliza al pueblo entero, construye misticamente el escenario donde va a celebrarse el sacrificio y es un medio para que circulen la potencia numinosa y los dones del pinole.

El uso muy extendido de este alimento sagrado en el norte de México (Beals), es uno de los elementos esenciales de la religión cora. Koámeche, la Diosa de los Pinales mantiene su relevancia dentro de los rituales agrícolas; los pinales (el crudo y el cocido) han sustituido a la sangre como elemento de sacralización y por lo demás, “Las Pachitas” se ajustan a los patrones ceremoniales coras. Los muertos, el primero de noviembre, recorren el pueblo solicitando bienes. Todas las fiestas tradicionales o cristianas no sólo ponen en circulación lo sagrado, sino el regalo y el contrarregalo. La circunstancia de que el casero regale pinole —objetivo principal y después pinte las caras con pinole de maíz podrido— obedece a la dialéctica de los antiguos rituales, pues todo hecho sagrado debe ser destruido por un acto de bufonería o por una caricatura delirante.

Las letras —de las cuales están excluidas las palabras coras— confirman la suposición de que se trata de una antigua ceremonia del pinole. Cargadas de elementos lúdicos, principian con un saludo a los caseros, comprenden la obligada petición de pinole y terminan con una exaltación a la bandera y a la Malinche. El grupo de canciones mexicanas según Téllez Girón ofrece estas variantes en su inicio:



“Yosa mermo pele
sinyore carsero
Yosa mermo pele
sinyore carsero (tipo A)

“Yosa mermo pele
sinyore carsero
Pachita mel vida
sinyore carsero (tipo C)

“Yosa mermo pele,
hue,
sinyore carsero,
hue,
Yosa mermo pele,
hue,
Sinyore carsero
hue” (tipo D)

De su terminación, tomaré sólo dos ejemplos:

“Ya tiemor huicalo
que viva, que viva.
Pachita mel vida,
que viva, que viva. (tipo A)

“Ya tiemor huicalo
hue,
que viva, que viva
hue.

“Ya tiemor huicalo
que viva
hue” (tipo F)

El segundo grupo de canciones en que dominan los elementos españoles, bautizados por Téllez Girón, con la designación de El Papaqui, ofrecen estas variantes en su entrada:

“Ave María de tres casas
sin pecaro origina.
Ave María de tres casas
sin pecaro origina
Güenas tardes déle dio
yo te senyo lo carsero.
Güenas tardes déle Dio
yo te senyo lo carsero (tipo A)

“Ave María de tres casas
sin pecaro origina.
la la la la la la la la (tipo B)

“Ave María de tres casas
sin pecaro origina
ay cacamechina mas arrayanes
yo te senyo lo carsero”.

Las melodías, para Téllez Girón, tienen poco de indígenas ya que “en ninguna de ellas se encuentra una escala pentátona y sólo en sus ritmos dejan vislumbrar la huella de una influencia primiti-





va.” El investigador hizo un estudio completo de las melodías pero no logró encontrar en Ixcatán ni en “Jesús María” a nadie capaz de traducirle las letras que todavía esperan el trabajo de los lingüista

Pilo es el único chamán que ha memorizado el importante conjunto de las canciones y su grabación no ofreció mayores dificultades. La traducción, en cambio se reveló casi imposible. Empleando un día entero, logré con la ayuda de su hermano Aurelio poner en claro una canción naturalmente despojada de su ritmo:

“Ahora bajaré la bandera del cielo. Ya recibí la bandera; está ya en la tierra, puesta sobre la tierra. Ahora pido la flor celeste, la flor de cempoal. Los dioses me han dado la bandera y la flor para entregárselas a la Malinche. Ahora sí, cantadores, júntense que vamos a principiar nuestros cantos aquí en la tierra. Saludamos a nuestra bandera. Buenos días les damos a los Principales, a los Gobernadores, a los caseros. Pedimos permiso de pasear nuestra bandera por el pueblo, de visitar con nuestra bandera a los señores caseros. Vamos a pasear dos semanas en este pueblo según lo ordenaron aquí los Mayordomos y los Ministros. Cumplo con Dios mi compromiso. Después de las dos semanas me voy a Tascada (Tlaxcala), me voy allá lejos, camino del cielo. El domingo, el lunes y el martes terminaremos de cantar, el miércoles amanecerá día primero de ceniza. Y nosotros nos iremos de aquí. Pensamos volver el año venidero pero no sabemos si podamos volver. Sólo Dios sabe si volveremos. Les digo que vivan bien; Gobernadores, Principales, Mayordomos, Ministros, todos nuestros hermanos denos permiso de pasear la bandera del cielo. Queremos una copa de tequila y un poco de pinole. Pachita mi vida, toca las campanas”.

Sacralización, divertimiento, carnaval indio, fiesta del pinole, trampa de espíritus malignos, representación teatral, nacionalización de innovaciones cristianas “Las Pachitas” cumplen con el objetivo esencial de los rituales chamánicos: establecer una comunicación entre los dioses y los hombres.

Los chamanes, los músicos, los danzantes, sacralizan y exigen tácitamente una reciprocidad. El miércoles de ceniza abre el periodo de la cuaresma. La hospitalidad y el intercambio de dones se ha iniciado.

El mar

Tendría veinte años cuando fui al mar por primera vez. En el camino, encontré a un amigo y le pregunté:

—¿Cómo hago para llegar al mar?

—Mira, me contestó. Te vas por este camino y cuando veas una piedra blanca, adentro de mar, la piedra llamada Walú, por el águila que tiene pintada, ése es el lugar que tú andas buscando.

Llegué a la playa y llegando eché pinolito crudo en una cazuelita, eché pinolito cocido en otra cazuelita y en medio puse

una jícara con algodón. Luego encendí una vela, me desnudé y entré en el mar diciendo:

—Vine contigo, Tatei Chevimú, Diosa del Mar, para que me des tus plumas, y para que me des tu pipa y yo pueda curar a mis hijas las mujeres, a los hombres, a las familias. Es lo que te pido con todo mi corazón.¹³

En medio del agua, Tetei Chevimú me dio muveri, me dio su pipa y me dio una jicarita. Luego me tapó una ola y la jicarita se llenó de agua. Y vino otra ola y me tapó por segunda vez, y otra ola más grande me tapó tres veces, y otra ola más alta me tapó cuatro veces. A la quinta vez, volví a la playa, trayendo mis regalos y se los entregué a mi hermana Marcelina y a mi hermano mayor Margarito Tamirano Lucas. Mi hermana guardó el muveri en la cajita, llamada apuri.¹⁴

La vela no se había acabado pero la apagó la quinta ola enviada por nuestra madre Tatei Chevimú.

Nos regresamos. Al llegar a mi rancho ayuné, no tomé sal ni prendí lumbre. Mi hermana preparó un poco de atole crudo, yo tomé tabaco de mi bolsa, llené la pipa, saqué el muveri y lo puse sobre el apuri. Y oí la voz de Tajá que me dijo:

—Aquí están ya las plumas de águila, las plumas de gavilán. Tenlas. Son tuyas hasta que Dios quiera. Con ellas curarás a tus hijas, a todas las gentes, sean vecinos, sean santatereseños o sean meseños. Pediste a Tetei Chevimú que te enseñara a curar y ahora ya sabes. Ya tienes recibidos tus poderes. Quién quita y algo te dé la voluntad de la Diosa del Mar. Uno, diez centavos, otro, un cuartillo de maíz, otro, un poco de manta, otro, una becerrita si el enfermo está muy trabajoso.

Petición a la diosa Tanutzarana

Ahora me acuerdo que cuando apenas tenía cinco años me pegaron calenturas. Llamaron a un huichol y el huichol le dijo a mi papá.

—Pilo no está enfermo. Busca un carrizo, haz una flecha y se la entregas con un muveri y un peyote a Tanútzarana, la Mujer de Toakamuta, la que está adentro de una cueva, cerca de un manantial en La Mesa.¹⁵

Pasó mucho tiempo y mi papá no hizo nada.

—¿Cuándo piensas hacer esta flecha? —le pregunté.

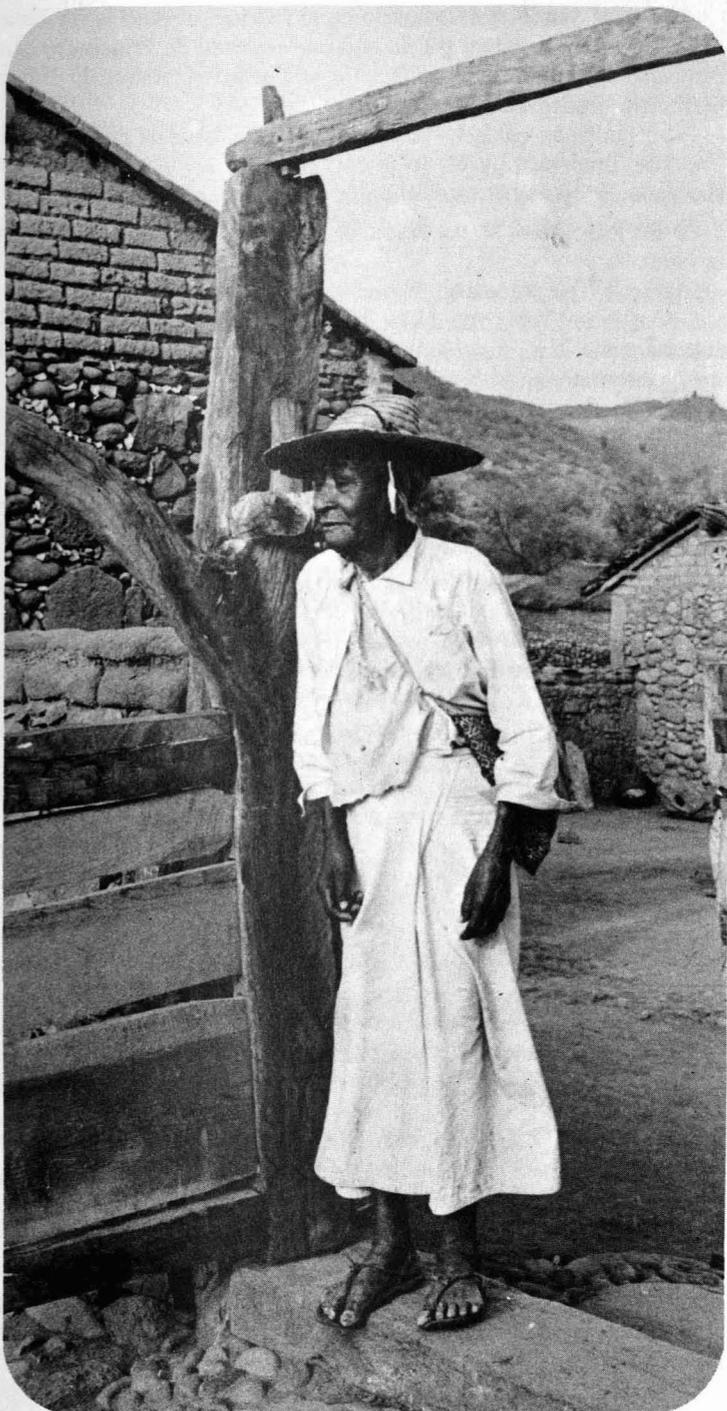
—Mejor no la hago. Ya estás grande y puedes jerrar (faltar a los votos) y morirte. Tira la pipa que te regaló tu Tatita. No pienses más en estas cosas.

Y a mí me dio lástima: Hombre no, pues no tiro la pipa; estoy solo y haré solo lo que sea necesario.

Pasados los días, los meses y los años un meseño me dijo:

—Vamos a Tanútzare para que los patrones nos enseñen a curar.

—Ta bueno le contesté, porque yo quiero saber más de lo que



sé. Ahora estamos a diez, ayunaremos el once, el doce y el trece, y el catorce tomamos el camino.

Llegamos a la cueva oscureciendo el quince. Hice pinolito. Pinté a Tajánankarará en la flecha y a Tatei Tanutzarana.

—Mira, aquí están sus firmas, aquí las he pintado para que sepan lo que necesito, para que entiendan lo que les pido, para que me den su pipa y sus plumas y me enseñen a curar, pues ya están viniendo muchos enfermos a mi rancho y no puedo ayudarlos como es mi deseo.

Me quedé sentado frente a la Señora.

—Señora Tanutzarena, Madre Nuestra, dame tus plumas, dame tu pipa. Aquí tienes a Pilo sentado en tu casa.

Cuatro veces me levanté. A la quinta se desató un aire, un aire pero fuerte que gritaba uuu, uuu, uuuu y que ya mero me tumbaba. Al rato sonó el cascabel de la víbora, una víbora grande que me brincó sobre el hombro. No me mordió ni me dijo nada. Y al rato ahí viene un difunto. Era el difunto mi Tatita el papá de mi difunto papá, y yo lo reconocí por el sombrero. Atrás venía la difunta, mi Nanita.

Mi Tatita abrió una puerta y enseñándome una jícara y unas plumas que estaban encima de una mesa preguntó:

—¿Cuál te gusta? ¿Cuál quieres? Este es el muveri Chuisun Titauna, el Gavilán Amarillo y éste es el muveri de Tzichau, el Aguila corta viento.

—Pues yo quiero la de Tzichau.

Mi Tatita me la dio entonces y yo la envolví en un pañito blanco. Después mi Tatita sacó su pipa, le echó tabaco y la prendió:

—Ahora sí, fuma. Aquí está tu pipa.

No acabé de fumarla y se la devolví:

—Gracias, Tatita, muchas gracias; el próximo mayo vengo si Dios es servido.

Cerró la puerta mi Tatita; miré, y ya no había nadie. Se fue, se desapareció. Con una flor de cempoal me bañé la cabeza. Luego bebí toda el agua de la jícara.

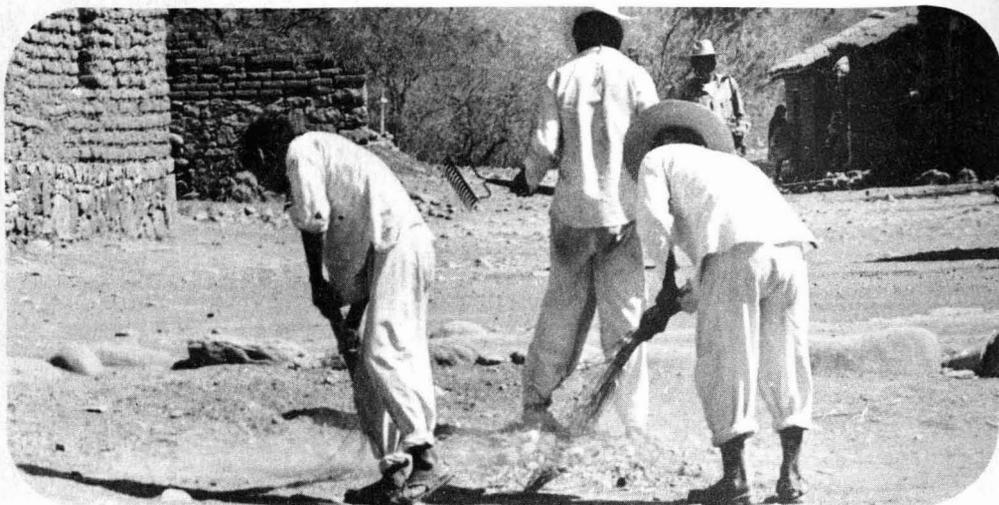
—¿Ya vamos? —le pregunté al meseño.

—Todavía me estoy bañando.

Ahí pusimos una lumbre, calentamos las tortillas y seguimos por Dolores. En Coyonqui me despedí, y me vine solo a mi rancho.

Viaje a Virikuta

Pasados los cinco años fui a Virikuta.¹⁶ Hablé con un amigo, Pedro Gervasio, y Pedro Gervasio me llevó. Oscureció el martes, amenejó el miércoles, corrimos todo el día y llegamos en la noche a Real de Catorce. El jueves entré a Virikuta. Puro monte, zacate chiquillo. La tierra, amarilla y colorada. Yo ahí me voy mirando,



buscando con mis plumas. Se apareció el venado grande, el Bermejo Cuernudo. Le disparé una flecha y ya no era venado, sino un peyote muy grande del que brotaron cuatro peyotes chicos. Entonces los corté con el machete, les quité la cascarita y los partí en pedazos. Arrojé unos cuantos a los cuatro rumbos cardinales y me comí el resto, sentado en una piedra. Empecé a cantar en huichol:

Tú me diste tu pipa, ahora sí ya la tengo; tú me diste tus plumas, ahora sí ya las tengo, tú me diste el peyote y ya me lo comí. Ya estoy borracho frente a Virikuta, la Tierra del Jíkuri. Dame, Dios Hermano, otros cinco peyotes y lléname esta petaca para llevarla a mi tierra.

Y ahí se quedó Moashá Awakan, el Bermejo Cuernudo; al poco rato vino el venado chiquillo y ahí también se quedó, y luego apareció una muchacha que traía una naguas blancas y flores rojas en la cabeza, y un muchacho vestido de blanco con muveris en la cabeza, un arco y un carcaj (aljabá) lleno de flechas en las manos. Salieron los Principales llevando plumas y chupando sus pipas. Ahí se sentaron, ahí se sentaron otras muchachas, un perro, un tigre, un coyote, un lobo, un león amarillo. Atrás venía un montón de soldados con sus rifles levantados sonando el tambor, sonando la corneta, sonando los zapatos. Pasaron, se acabó la música, todo como en el cine.

La víbora de cascabel, Tantika, Itzá, parece que me brincaba y ahí se enroscó levantando en el centro su cascabel. Y sopló el viento pero grande; abajo, arrastrando el polvo, arriba las basuritas: Muuu, muuuu, muuuu

Le dije a Moashá Awakan:

—Aquí vengo, para que me des el peyote. Quiero comer el peyote. Quiero ver cosas. Quiero saber curar sabiamente a los enfermos.

—Espera. No sabes lo que saldrá. Espera.

Y al poco rato salió Moashá Tekilen, el venado chiquillo:

—Aquí estoy ya.

Cuando se me acercó lo agarré con mis plumas y ahí se quedó. Ya no era venado sino un peyote con su flor blanca. Y vino el muchacho de los muveris diciendo:

—Aquí estoy ya.

—Te estaba esperando. Quiero saber curar.

Me dio un muveri y se sentó en un banquito.

—Bueno, ya lo recibí. Muchas gracias Niño Tajá, Niño Hátzikán.

Y vino la muchacha virgen, Tatei Kamena. Traía en las manos una jícara llena de agua de la vida.

—Tataei Kamena, a ti clamo. Mira mis plumas, mi pipa, mi petaca, mi jicarita. Dame tu agua sagrada.

Las roció con una flor de cempoal y adentro de mi petaca quedó la jicarita. Luego me dio su muveri, de águila Tzichau.

—Tómalo. Ya es tuyo, ya es tu muveri.

Se fue cantando y desapareció en el fuertecito. Bajó la mañana.

Y ahí estaba frente a mí un enfermo rodeado de Principales. Le arrojaban el humo de sus pipas, lo envolvían en nubes de humo blanco, lo bendecían con sus plumas.

—Sí, podemos curarlo —decían. No es trabajosa la enfermedad. Tú, Pilo Tamirano Lucas, tú puedes hacer la lucha, así lo hemos acordado. Todo lo hemos hecho. Ya no regresaremos.

Y los Principales se perdieron de vista en el fuertecito. Bajaron la montaña

Apareció Tajá adornado de plumas brillantes. Yo le dije:

—Ven Niño Tajá, ven Niño Tátzikán. Mira a este enfermo, a este hermano mío. Enséñame a curarlo; yo no puedo hacer nada sin tu intervención.

El Niño lo vio de los pies a la cabeza. Sus plumas se movían como bendiciéndolo. Sus plumas bajaban y subían como las olas del mar.

—Cúralo en mi nombre, en nombre de los dioses.

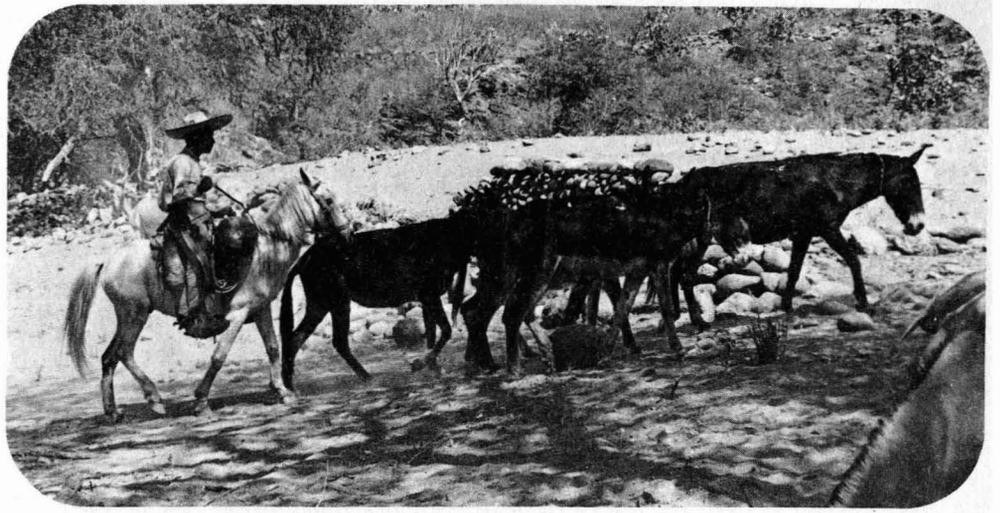
—Descansa Niño Aparecido en el lugar que te señaló Nuestro Hermano y ayúdame a curarlo.

Barrí la enfermedad con mis plumas, la emborraché con el humo de mi pipa, chupé de su cuerpo una piedra blanca y al arrojarla al suelo, vi cinco peyotes. San Miguel Arcángel los cortó; me los dio en las manos. Yo los guardé en mi bolsita.

—Con estos cinco peyotes, sabrás lo que amenaza a los enfermos, sabrás lo que les pasa. Ellos te darán inteligencia, despertarán tus oídos y tus ojos y podrás saber lo que ocurre en el pasado y en el porvenir. Puedes regalar o vender los peyotes que has cortado. Pero no podrás vender ni regalar mis cinco peyotes. Deberás plantarlos en tu casa y cuidarlos de la mejor manera posible durante cinco años y entonces yo me convenceré de que verdaderamente quieres ser curandero. Primero cura a los niños, a los que no están muy duros, y luego cura a los grandes, a los macizos, todo te lo hemos dado. La pipa, el agua sagrada, las plumas. Tienes el poder de hacer y deshacer. Mis peyotes te harán sabio y te darán fuerza para resistir las amenazas de los patrones.

Se fue desvaneciendo por el fuertecito y yo me quedé solo en la tierra amarilla y roja de Virikuta. Durante cinco años, no toqué a ninguna mujer y así, poco a poquito, con ayunos y penalidades, el Niño Tajá me enseñó a curar. Ahora yo puedo curar a los niños y a los grandes, a los animales, sean caballos, mulas o puercos, curar la diosa del maíz, curar a los mismos rifles.





La vida profana

Cuando yo estaba grande, a los seis años, iba con mi hermano Margarito a los guamúchiles de Cofradía. Chacaleábamos en el río. Le dábamos su pinole de tejolete (Maíz pinto) a la Diosa de los Pescados.¹⁷

—Toma aquí te doy tu pinole, Tatei Wáwata, para que me permitas pescar a tus hijos, el chacalito, el bagre, la mojarra, los camarones grandes.¹⁸

Cuando ya tenía diez años me enseñé a trabajar. No podía bien tumbar los árboles pero siempre ahí andaba macheteando con mi machete caguayano; por ahí el sol —señala Pilo el Cenit— llegaba mi hermana trayendo frijoles, tortillas, chilito y ahí comíamos, pero antes de comer le dábamos pinole al Patrón, un poco de frijoles y un pedacito de tortilla:

—En el Nombre sea de Dios. Aquí te voy a pedir que nos des permiso de tumbar el monte. Te rogamos que no nos caiga encima un árbol, que no nos hieran las espinas, que no nos pique el alacrán y la serpiente.

Mi hermanito hacía todo el trabajo de mi difunto papá. Siempre que hacemos algo debemos clamar a los Patronos, y ya de ahí, cuando ha llegado el tiempo de quemar, Margarito llevaba a una cueva algodón y pinole. Rezaba:

—Ayúdanos a quemar bien este coamil Dios Penatzi, Dios Tayaupoa, Dios Fuego, Dios Toakamuna.

Acabando decía Margarito:

—Vamos quemando; tú, Pilo, trae el ocote; tú Juan prende la maleza en el centro, tú Juanita la orilla y tú Tiburcia prende la otra orilla. Ahora sí, ya prendió, ya ardió, ya va alto el lumbrazo. Ya acabamos de quemar el coamil.

En junio cuando comienza a llover desgranamos dos mazorcas de maíz rojo blando, Tatei Saútapi Neimoa —Mi Semilla Roja Mancornada— y unas mazorcas de maíz blanco.

—Bueno, mi Reina del Maíz Rojo, te voy a desgranar porque ha llovido dos veces y te debemos sembrar en el coamil. Quién quita y no deje de llover.¹⁹

En la mañana le decía mi hermano a su mujer:

—Oiga, Albina, hágame un algodón, un pinolito crudo y cocido, unos tamalitos, unas tortillas chiquillas.

Albina, a medio día, le entregó a Margarito lo que le pidió envuelto en un pañito blanco. Llegando la tarde mi hermano echó el pinole, encendió su pipa y rezó:

—En el nombre sea de Dios. A ti Dios Penatzi, a ti Dios Tayampo, te voy a decir que ya quiero sembrar mis semillas. Tú cuida, Tatei, que sea bien plantada, tú Teachí que no la saquen los cuervos, tú Tétewa que no se la coman las hormigas ni los tejones;

que ningún animal, ningún enemigo le haga daño a Nuestra Reina.²⁰

Y ya de ahí nos vamos todos al coamil y mi hermanito con su estaca abre los agujeros, saca el maíz de la talega y lo arroja diciendo:

—Ahora, en el nombre de Dios, te voy a largar en la tierra.

Siembra primero el maíz rojo, de Wáwata (para Wáwata literalmente) de Sáreme, de Kuámeche, de Tajapoa Naijapoa, de todo el mundo, sin olvidarse de clamar a las diosas Takuate para que salgan las lluvias.²¹

Sembramos dos litros de Reina y tres medidas de maíz blanco.²²

—Bueno —dijo Margarito— ya sembramos, quién quita y no se lo coman los animales.

Seis días se enciende el fuego hasta que brota el maíz y ya de ahí hay que esperar un mes o dos meses. Entonces mi hermano Margarito le dice a su mujer Albina.

—Ya está bueno para limpiar. Ya está grande la hierba. Seguro vamos a limpiar pasado mañana. Ya vamos a limpiar mi Reina.

—Es cierto —contestó Albina— la milpa ha crecido y enverdecido. Quiera Dios que siga lloviendo. Quiera Dios que jilotié nuestra milpa. Yo te haré un algodón y un pinolito.

Al otro día, ya vamos todos al coamil, Margarito adelante, nosotros atrás y en el lugar donde está sembrada la Reina cortó una hierbita y la puso sobre el algodón, echó el pinole y rezó.

—Dios Penatzi, Dios Peniyaupoa, dame licencia para limpiar a nuestra Reina. Cuídanos. Cuida que no nos pique un alacrán. Que no nos pique una serpiente.

—Albina ya limpiamos a nuestra Reina —dijo Margarito cuando regresó a la casa.

—¿Y cómo está la Reina?

—Está fresca y verde. Ahora se siente mejor sin las hierbas que le robaban la comida de la tierra.

Y así pasó julio, pasó agosto y nosotros pendientes de nuestra Reina; ya creció un poco más, ya mero brotan las espigas. Ya mero jilotean. Ya mero, ya mero.

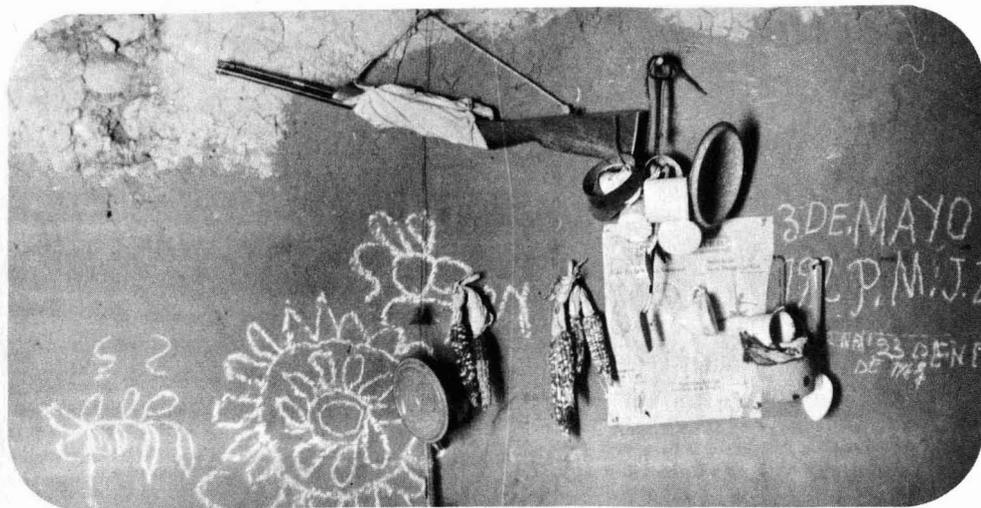
Y Margarito dijo:

—Oiga Albina, me voy a “Jesús María” para avisarle al Santo Entierro y a San Miguel Arcángel que pienso cortar a la Reina y entregarla a la iglesia.

Se fue Margarito y en la tarde regresó trayendo agua bendita.

—Buenos tardes Albina, ya entregué el algodón y las flores de cempoal a la iglesia y ya ha llegado el tiempo de ayunar y de hacer una flecha. Al cabo ahí tengo unas plumas de kukui kuasí, la cola de la paloma.

En la mañana encendió su pipa, tomó su muveri de plumas de urraca y rezó. En la tarde, amarró cuatro plumas de paloma porque es la madre del Maíz y escribió el mensaje:



—Dios Penatzi que eres nuestro hermano, Dios Tayau que eres nuestro Padre Dios Toakamuna, aquí les digo que es mi intención cortar a la Reina y entregarla al Patrón de la Mesa, porque ya tiene cabellitos, porque ya es una virgen tiernita y ya debe ser cortada, y ya debe entregarle su flecha al Patrón Toakamuna. Ustedes entienden lo que les digo, lo que ha quedado escrito en el carrizo, y sólo les pido su autorización para cortar a la Reina del Maíz Rojo.

—¡Alístate Pilo —me dijo Margarito a la otra mañana—, alista un manojito de zacate verde —viva— donde descansará mi Reina.

Se fue Margarito con un algodón, flores de cempoal, un poco de pinole y llegando al coamil dejó la ofrenda junto a la caña:

—Toma este pinole, recibe este algodón, mi Reina tiernita, mi reina venerada y perdóname que te corte; perdona el daño que te cause.

Envolvió a la Reina en una hoja y en un palito blanco y se regresó.

—Ahí viene mi hermano —dije levantándome. Atrás Albina llevaba una jícara.

Mi hermano sacó a la Reina de su bolsa y luego de vestirla la amarró con una liana —majawa— depositándola en la jícara.

—Aquí está ya nuestra Reina cubierta de flores. No vivirás mucho tiempo aquí en esta casa, pues mañana sin falta, Reina mía, pues mañana te entregaré al Patrón Tayau Toakamuna.

Y ya por ahí el sol ayunando siempre levantó a la Reina, la bañó con el agua bendita y nos bañó a todos.

Fin de las pruebas iniciáticas

Cinco años aguardé con mi familia. No toque a ninguna mujer. Un corita, llamado Pedro Gervasio me preguntaba:

—¿Cómo aguantaste? Tú eres muchacho, tú estás nuevo. Don Juan Flores está tirado, está muriéndose y tú no. Tú andas rancheando y curando a los enfermos.

—El no aguantó y yo sí. Cuando encontraba una mujer en mi camino, bajaba los ojos y no quería verla.

—Hombre, don Pilo, si es así, yo quiero que me haga el favor de enseñar a mi hijo Antonio. Que pida para que sepa curar.

—No, ya está grande. Mejor no, pídele tú. Después le pasa algo y tú me echas la culpa. Si quieres, yo te digo cómo se pide en Toakamuna, en Chevímú, en Teacata, en Virikuta donde se da el Peyote. Nada más que aguante y que aguante su mujer o se muere uno. Es muy delicado; yo no me animo. Si Antonio fuera chiquillo sería como mi hijo, pero ya tiene mucha edad.

Amor

Después fui a un gran mitote en Los Sabinos y hallé una muchacha de senos chiquitos, como dos limoncitos. Y don Sotero Molina me preguntó:

Mira, Pilo, ya estás grande. ¿Por qué no te casas con esa muchacha?

—¿Cómo se llama?

—Se llama Polinaria Angel.

—¿Tiene papá todavía?

—Namás tiene mamá.

—¿Cómo se llama?

—Es nombrada Brígida Kánare. Mira, por ahí van los hermanos del papá, Manuel y Valerio.

Entonces vi que se fue al agua con unos bulitos y me animó don Sotero:

—Vaya usted también al agua, pa que le platique, pa que la trate. Ella no me conocía. Le dije:

—Hombre ya te alcancé. ¿Veniste al agua?

—¿Dónde vives tú?

—Mira, allá, al otro lado del cerro.

—¿Cómo se llama su mamá?

—Se llama Soledad Luca.

—¿Es esa que está gorda?

—Sí, es ésa.

—¿Es su papá el que tiene barba?

—Sí, se llama Fermín.

—¿No es bravo?

—No, es buena gente.

—¿Quieres vivir con él? (en la casa de su padre, porque Pilo no tenía casa).

—Yo soy mujer y pienso casarme.

—Yo vine a hablarte, a ver si te animas.

—¡Hombre, sabe! No te conozco, nunca te he visto.

—Yo soy corita. Tenga diez pesos pa que se compre unos plátanos.

—Voy a echarle agua a tus bules.

Ella recibió los diez pesos, llené los bules y ahí me está mirando.

—¿Vamos bañando?

—Pues ándale, vamos.

Jugamos un rato en el agua y nos venimos juntos a la fiesta. En la noche llegó Polinaria a su casa y le dijo a su Nanita:

—¿Compré un peso de plátanos.

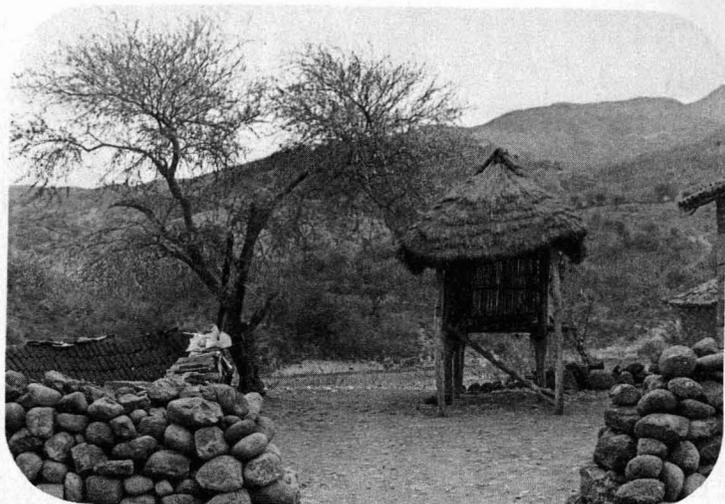
—¿Quién te prestó? ¿Quién te dio los centavos?

—Me lo dio ese hombre del sombrero de soyate.

—Ese es el hijo de Fermín. ¿Qué te dijo? ¿No es loco?

—Jugamos en el agua y no me agarró.





—Júntate con él. Sabe curar y quién sabe si te sirva.

Yo pensé que el hombre nunca va a vivir solo. Nosotros los hombres no sabemos echar tortillas ni cuidar la casa. Los hombres deben sembrar, deben salir a buscar por ahí gualacamotes, chicalito, huilotitas. Entonces tuve el pensamiento de juntarme con Polinaria.

Nacimiento

Un día llegué a mi casa y Polinaria me dijo:

—Ya me duele. Seguro quiere nacer el niño.

—Ojalá no te pase nada malo.

Busqué un pinolito, lo mezclé con agua y recé.

—En nombre sea de Dios, Dios Tajá, Dios Penatzi, Dios Toakamuna, ayuden a mi mujer para que nazca bien el niño.

—Amárrame la cintura con un rebozo —me pidió Polinaria arrodillándose.

—Ya está.

—Siento que baja el niño.

El niño baja con los trapos, en los hilachos que puse en el suelo y ya de ahí comenzó a llorar: Uñé, uñé. Luego le corté la tripa con un carrizo filoso, le eché agua bendita:

—Dios Penati, pues ya nació mi hijo, ya lo tengo en mi mano. Ayudaste mucho y estamos contentos. Ahora te ruego, que lo cuides durante el día y durante la noche, para que el aire no le traiga una enfermedad, para que no lo pique un alacrán, para que no le haga daño lo que dejaste en el mundo y tú también Tayashú, cuida mucho a mi hijo.

Y ya está llorando.

—Tú Polinaria dale la mama para que se calle. ¡Ay, cómo nacen muchachos por donde quiera! ¡Ay, qué tiernos son los regalos que nos hacen los Dioses!

A los seis días se levantó Polinaria, y le dimos su atole, su canela, sus tostadas.

Hasta los ocho días no puede comer sal, ni carne, ni frijol.

—¿Ahora sí ya estás aliviada? ¿Ya quieres salir fuera? —le pregunté—. ¿Ya no te hace daño el aire?

—No, se me hace que no.

—Espérame pues. Voy a calentar agua para bañarte. ¿Todavía queda jabón?

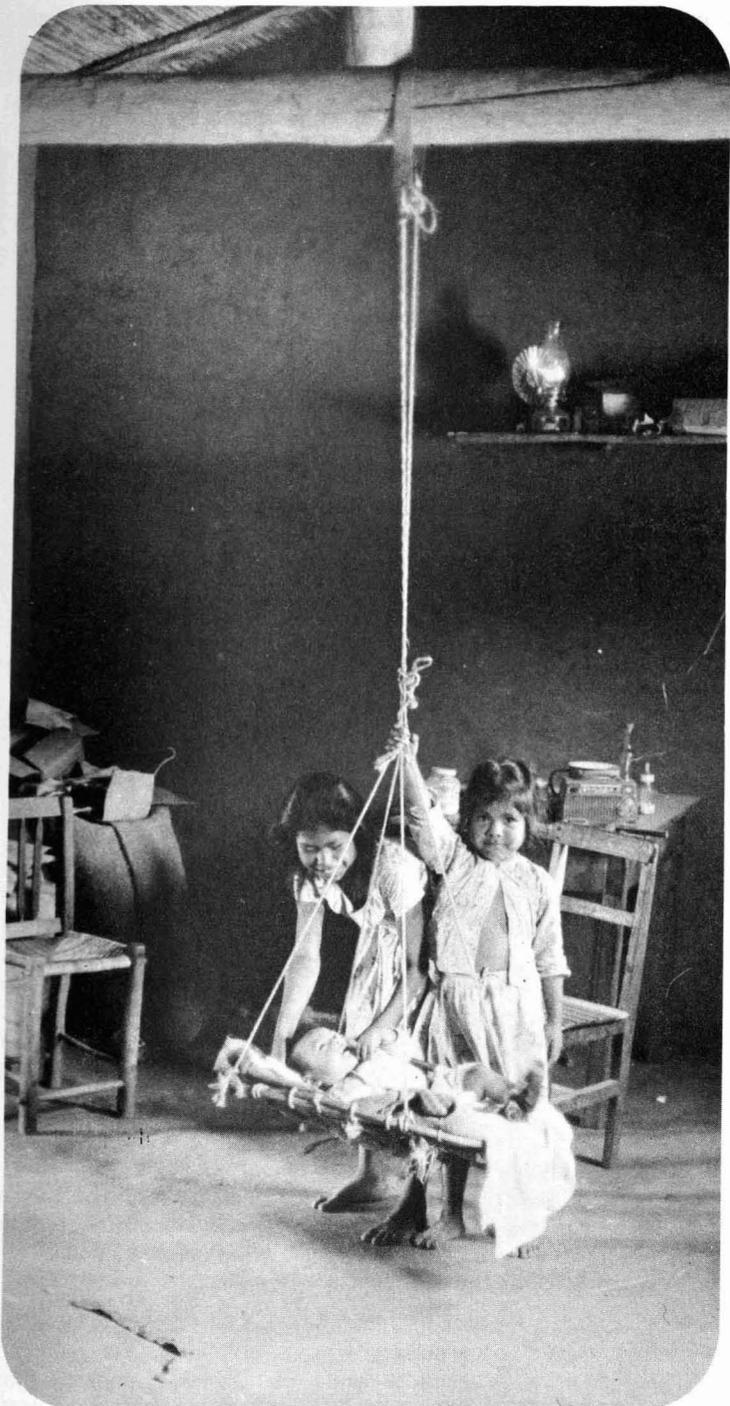
—Sí, por ahí quedó un pedazo.

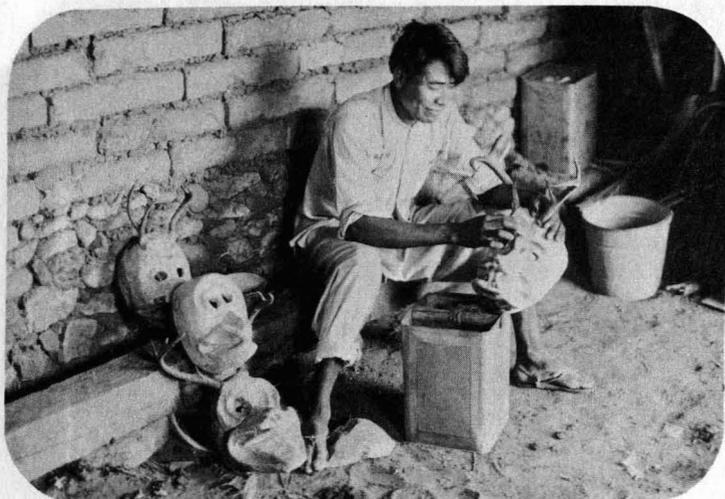
—Siéntate aquí. Quítate tus naguas, tu camisa.

La enjaboné toda y la bañé. Se puso su ropa limpia. Sus huaraches, su cobija y su rebozo.

—Ahora sí ya puedes salir, ya puedes comer tortillas frescas. Mañana voy a ir a “Jesús María”. Compraré carnita, arroz, café. Debes comer bien porque enflacaste.

Voy a dejarle su algodón al Santo Entierro.





Muerte y guerra

A los seis años murió Polinaria. Murió de viruela. Le salió mucha viruela negra. A mi muchacho le pegó también.

Ahora he vacunado a mis hijos. Antes les tenía miedo a los médicos. No quería que me vieran. Pensaba que a lo mejor podían matarme.

Cuando se me murió Polinaria, duré seis años solito, triste. Decía: No me voy a casar. A poco se me muere otra vez. Le dejé las vacas a mi hermano Lucas y me fui por Acaponeta, por Tecuala, por Tepic. Ixcatán donde trabajé en el platanar de Pablo García. Me pagaba cinco pesos diarios. En las aguas me vine al rancho de Los Pericos. Traje dos piezas de manta de treinta y dos metros cada una, dos cobijas, una verde y otra colorada, un poncho sencillo de veintidós pesos y un poncho de dos vistas que me costó sesenta pesos.

Después llegaron los cristeros y toda la Sierra andaba patas arriba. Entonces mi papá compró dos rifles 30 especial. Con eso peleamos, cinco o seis años anduvimos asustados, con el maíz y los tiliches escondidos en las cuevas. Mis hermanos se llevaban las vacas a los arroyitos.

Mi papá por acá andaba peleando con Mariano Mejía. Yo y mi hermano Chon Tamirano Luca andábamos peleando con los soldados. Eramos como trescientos. En Cerro Gordo encontramos a una huichola. Traía un rifle y había subido para ver si venían las tropas del Gobierno. Nosotros la vimos también y pronto la cercamos.

—¿Por qué andas cargando ese rifle? ¿Eres bandida?

—El rifle me lo dio mi marido para esconderlo.

—¿No eres bandida?

—Mi marido es el bandido.

—¿Dónde están los demás?

—Aquí en Cerro Gordo.

—¿Cuántos son?

—Unos ciento cincuenta.

—¿Quién es el mero jefe?

—Pepe Sánchez.

—¿Y Lorenzo Estrada?

—También allí está.

—¿Y Mallorquí Soto?

—También allí está.

—¿Dónde sale el camino? Tú conoces.

—Aquí abajo viene un arroyo, lo siguen y encuentran una escalera. Por ahí suben, hay dos caminos encajonados.

Llegamos donde se cortan los caminos. Unos tomaron por la izquierda, otros por la derecha y nosotros por el centro. Ibamos al pasito, esperando, y ya por ahí el sol, avistamos un cantil.

Comenzaron los tiros. Todavía no los veíamos pero ellos sí nos veían y disparaban. Ellos gritaban, gritaban. Estaban afortunados y nosotros a lo limpio, sin ninguna defensa. Y ahí va un muchacho nuevo. Se llamaba Tanasio Matías López. Le pegaron un balazo en la cabeza. Ahí quedó muerto y parece que ya nos enojamos más. Y allí viene la caballería, tras, tras, tirando tiros. Nosotros en el suelo. Los cristeros traían una sábana, medio coloradita. Disparaban a matar desde el fortín. Le pegaron en un costado a un sanfrancisqueño y mi hermano Chon Tamirano que venía con el sanfrancisqueño cayó al suelo. Yo lo ví caer. Me le acerqué como pude y dije:

—Hombre, pues ya murió —y me enojé más.

Ahí íbamos, ahí iba también el enfermero.

—No se amontonen. No se amontonen —ordenaban los jefes.

Los cristeros brincaban de un peñasco alto y se hacían pedazos.

—Arrímense cabrones, les gritaba el Gobierno, no tengan miedo.

—No les tenemos miedo, cabrones, chingados. Somos más hombres que ustedes.

Nosotros tumbamos el fortín a balazos. Los bandidos se quitaban el sombrero y tiraban los rifles.

—Ya no disparen —decían levantándose.

Andaban tepehuanes, huicholes, y hasta huicholas, arribeños de Huejuquilla y de Mesquitic revueltos con meseños y santatereseños. . . huy, tanta gente.

El Gobierno de Tepic se llamaba Jesús Mesa y el Gobierno de Durango, se llamaba Jesús Gómez.

—Maten a esos cabrones heridos —mandaron los gobiernos—, al cabo ya no se alivian

Los matamos enojados, porque nos mataron a nosotros dos huicholes, dos coras, un sanfrancisqueño, un meseño. Yo le hice una cruz a Chon y el enfermero le echó agua bendita. Los cristeros ya no podían levantar la pata. Los dejamos tirados. Murieron los que se arrojaron del barranco. Sí, estaba alto de a feo. Eran bandidos. Hasta "Jesús María" nos chingaron. Quemaban todas las casas, se robaban nuestra manta y nuestras vacas. A Pepe Sánchez lo matamos después, abajo de Huejuquilla, en el rancho de San Juan. Cerca de un arroyito. Allí tenían amontonados el frijol y el maíz, los tiliches, la carne, las vacas, unos puercos gordos.

El Gobierno decía:

—No coman. A lo mejor la comida está envenenada.

Hicimos esquite porque ya nos andaba de hambre. Sacamos a tres muchachas y a cinco muchachos de la cueva donde guardaban los tiliches y les dijimos:

—Súbanse más, escóndanse.

Ahí quedaron los metates, el nixtamal, y nos llevamos las vacas y el maíz. Matamos los puercos, tiramos la manteca y el gobierno nos daba permiso de agarrar la manta, pero traíamos unos cerrojos pesados y no éramos burros para andar cargados de tantas cosas.



Subimos a Uruwata y a Teneraka, donde había tepehuanes y muchas mujeres que no entienden el cora ni el Castilla.

—¿Cuáles son bandidos?, preguntaba el gobierno.

—Hombre, nosotros somos pacíficos.

—Respondan o los matamos. ¿Cuáles son bandidos?

—Pues que son veinte.

Agarramos a los veinte de casa en casa y los jefes mandaban:

—Arrímense muchachos. Traigan las vacas para que comamos carne. Traigan maíz para darle a las remudas. Hagan su bastimento de esquite.

Comimos vaca y dejamos los puros huesos, como los zopilotes. Andábamos un chingo de gente sin descansar, persiguiendo a los bandidos ¡Ay cómo le gusta al gobierno andar en la noche! Luego no encienden lumbre, no duermen y dejan a dos cuidando, por si aparece el enemigo ¡Ay cómo es trabajoso andar con el gobierno. A media noche pitaban: tu, tu tu y ya nos levantábamos y nos metíamos en lo feo del camino.

Ahora todo está silencio por Huejuquilla, se han olvidado las guerras, son buena gente.

Magia y guerra

Cuando todavía no se acababa la guerra, un día dijeron los Principales:

—Estamos pensando. Siempre pensando en hacer la lucha para que esto se acabe de una vez ¿qué es lo que tú piensas Gobernador? Ya perdimos mucho. Escondimos nuestro maíz y se lo comieron los animales. Ya murieron tres coritas.

Y habló el difunto Teófilo Tamirano:

—Quiero ayudar a este Gobernador. Quiero encaminarlo. Lo hemos nombrado, y él tiene la obligación de pensar algo. Quién quita y los bandidos se vayan a otra parte y nos dejen tranquilos.

—Está bien —contestó el Gobernador Angel Matías—, está bien lo que ustedes mis Principales han dispuesto. Tú Teniente, háblale al Arcarte segundo Gobernador Román Díaz, y al Primer Justicia, Luis Melchor, y para mañana sin falta, llaman a la gente. Así lo quiero. Haremos dos flechas. Busca maíz blando rojo, y una lana de borrego medio bermellón y una lana blanca que teñiremos con Brasil. Esto hay que tenerlo mañana. Con estas dos flechas taparemos a los bandidos. Una flecha la llevaremos al Patrón de México, Nayeri Takua, donde tenemos penitencias y otra a Chevimú, el Patrón del Mar.

Bueno, en la tarde ya viene don Luis a la Casa de la Gobernación. Al rato viene Román Díaz. Aquí está don Teófilo, aquí están los justicias y los mayordomos.

—Buenas tardes Gobernador. Me llamó el Arcarte. ¿Cuál es el negocio?

—Quién quita y podamos pensar.

—Yo estoy triste —dijo don Román—, los pobres coras se están muriendo y a mí me da mucha lástima. Usted no nos llama, Gobernador, usted no nos convoca.

—Hombre, mis Principales. . .

—Yo dije que te iba a encaminar —habló Teófilo Tamirano—, aquí están las plumas, para que tapemos a los bandidos.

—Haremos las flechas aquí en este pueblo, pues ya no alcanzamos a llamar al Gobernador de La Mesa ni al Gobernador de Santa Teresa. Quien quita y nos sirvan. A ti te aviso, Román Díaz que no vamos a comer, ni a beber, ni a dormir. Busquen banquitos y aquí nos vamos a sentar los cuatro. Tenanche, usted busque unas rosas de lirio y unas rosas de Corpo.

Más tarde llegó el Mayordomo del Rosario.

—Aquí estoy ya.

—¿Usted vino solito?

—Sí, con trabajo vine. El Mayor Mesa se está llevando a la gente.

—¿No vio al Tenanche?

—Por ahí viene.

Al poco rato llegó el Tenanche con las rosas y le dijo el Gobernador.

—Busque pinolitos crudos. Sólo pinolitos crudos y algodón, pero no le quite las semillas. Busque plumas de urraca y del águila chuishn.

Dos días pasaron sin comer y sin dormir, sentados en sus bancos. A veces cabeceaban.

—¿No están dormidos? —pregunta el Gobernador.

—No, no estamos dormidos. A ver si acaso nos oyen los Patrones.

A los tres días, ya saliendo el sol, entregaron los enviados la flecha de México, en la cuevita del cerro que se comunica con el Patrón de México, la flecha de Toakamuna, el algodón del Santo Entierro, y pasaron otros dos días esperando al correo de la Mesa.

A los cinco días se presentaron los correos:

—Ahora sí, mis Principales, ya entregamos.

—Hombre, pues ya hicimos la lucha. Quien quita y esto les sirva a nuestros hermanos los meseños, los tereseños, a todos los coras del Nayar. Descansen y que Dios se lo pague.

A los quince días vino la gente a platicar de nuevo con el Gobernador:

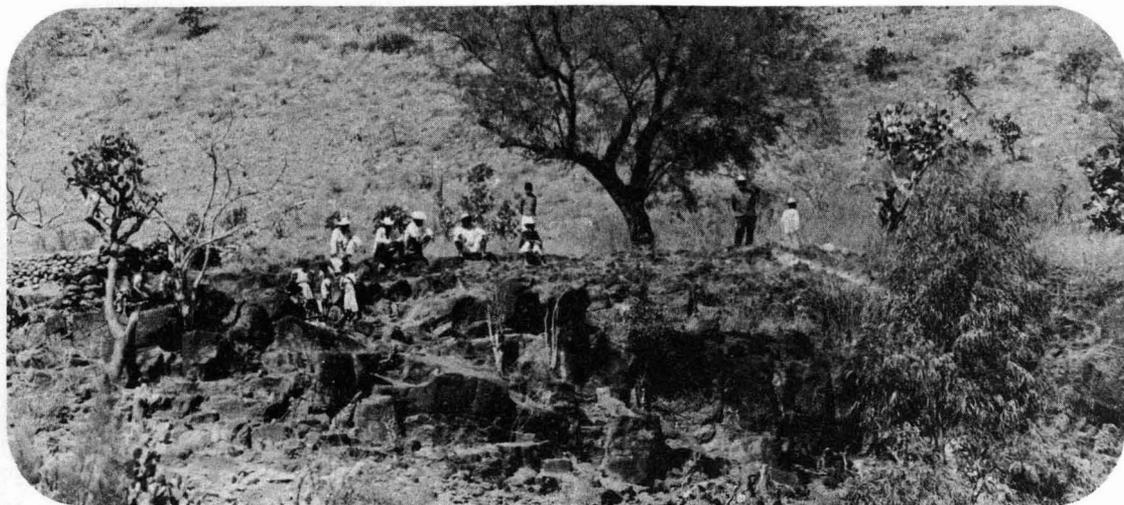
—¿Qué tal la revolución?

—¿Qué tal los bandidos?

—¿Y el mayor Mesa?

—Pues ya se fueron todos, ya murieron los bandidos. Se metieron como las lluvias. Ya no se oye nada. Los Patrones los taparon, los hicieron desaparecer.





El Padre

Mi papá era rico. Tenía 150 vacas y algunos caballos, mulas y potrillos. Nos tocó a cada uno cinco vacas paridas y cinco toros, porque éramos muchos de familia: mi hermano Lucas, mi hermana Tiburcia, mi hermano Margarito, mi hermana Juanita, ya difunta, mi hermano Chón, que mataron los cristeros, mi mamá Soledad Luca.

Mi papá Fermín quería tener hartas vacas y se las pidió al Dios Toacamuna. Prometió que sólo se acostaría con su mujer, durante cinco años, y a los cuatro agarró a la hermana de mi mamá y un mes entero se acostó con ella en la misma casa.

Poco después se enfermó el difunto. Le dolía mucho la cabeza y llamamos a Chepo, un buen curandero. Llegó Chepo:

—¿Qué enfermedad le pegó?

—Tiene calentura, dolor de cabeza, dolor de pecho.

—Ah qué caray —dijo Chepo— la enfermedad es grave.

En la novecita comenzó a cantar, comenzó a clamar al Niño Hatzikan. Nuestro Hermano Mayor, le habló derecho:

—Mira Chepo, Toacamuna tiene agarrado a Fermín, porque jerró.

—No voy a poderlo curar —dijo Chepo—. Ya nada más le quedan siete días de vida.

—Por favor haga la lucha y a ver quién quita. Te vamos a pagar un toro de cuatro años.

—Pues no me animo. Ya está muy cerquita de su fin.

Y empezó a rogarle a Toacamuna que lo soltara. Ayunó y cantó, pero mi papá Fermín no ajusto los tres días. Cerró la boca y ya no pudo comer. Oscureciendo se acabó.

—Pues ya se murió. ¿Qué hacemos ahora?

Compramos velas, lo tendimos en el suelo, sobre su petate y ahí lo estábamos velando. Amaneció y mi mamá le dijo a mi hermana Tiburcia:

—Hágale una camisita al difunto. Y usted Pilo, hágale unos huaraches de vaqueta sin clavos.

Ya por ahí el sol le dimos aviso al Gobernador.

—Pues ya se murió. No vamos a tenerlo en la casa. ¿Qué hacemos?

—Pues que los justicias hagan el pozo en el cementerio. Que el Moayú toque la campana grande porque se murió el difunto Fermín.^{2 3}

Y ya lo llevamos al cementerio.

—¿Cabe en el pozo? —preguntó mi mamá.

—Pues sí cabe. Es de buen tamaño el pozo.

Rezó Chepo:

Mi padre, mi Tatita, que te cuide Tai, que te cuide Tanana.^{2 4}

Le echó agua bendita, le echó su bendición. Todos echaron su puño de tierra y regresamos tristes a la casa.

A los cinco días, alzamos el tapete. Allí pusimos tamales y platos con pinole. Sus huaraches, su camisa, su sombrero, su machete, para que los viera mi papá y pensara que todavía está vivo.^{2 5}

Y ya en la mañana cuando salió el sol le dije a mi papá:

—Aquí te estamos esperando, aquí te estamos llamando a ver si puedes comer todavía como nosotros comemos.

Y ya en la novecita, volví a cantar:

—Dios Sol, Dios Penatzi yo te ruego que le hables a mi padre. Que le digas que lo estamos esperando. Tú sabes dónde está. Que venga a mirar sus vestidos, que venga a comer su pinole y sus tamales.

Desde temprano encendemos dos velas, una blanca y una prieta, sacamos una sillita para que se siente el difunto mi papá.

A la media noche me levanto:

—Tayau, Tatei, Padres Nuestros, aquí estamos esperando a mi Tatita Fermín. Tráiganlo. Nosotros queremos verlo, sus hijos quieren verlo. Ya viene, ya Nuestro Padre me ha dicho que se ha puesto en camino. Alístense. Salgamos fuera a recibirlo.

Tengo mis muveris en la mano y lo llamo:

—Véngase mi papá. No tenga miedo. Mire sus cosas, mire su comida.

Las llamas de las velas se agitan, en señal de que ha llegado y yo lo agarro con mis plumas.

—Miren, aquí está. Aquí está comiendo. Ahora quiere marcharse.

Se despide de todos. Se va con su Padre el Sol. Vete, pero antes de irte queremos saber si no traes nada encima.

—Sí —dijo mi papá— de este lado traigo tres velas amarradas con un pelo de vaca y me pesan mucho, estoy muy cansado.

—Dámelas pronto.

Le quito las velas y las arrojo en una cazuelita con agua. Chirrian como la cola del cascabel.

—¿Qué más trae?

—Ya no tengo nada.

—Bueno, muchas gracias. Soplo mis muveris y mi papá sale volando.

—Ya se fue mi Tatita. Ya lo curé.

Está libre. Nunca volverá. Nosotros nos quedamos sufriendo hasta que Dios quiera.

A los cinco años de muerto mi Tatita, me fui buscando tres piedras. Son tres piedras blancas, brillantes, como si fueran de vidrio. Y ya en la tarde me siento en una sillita, hecho tabaco en la pipa, y saco mis plumas. Me levanto.

—Dios que eres mi padre, Dios que eres mi madre, Dios que eres mi tío, Tajá, mi Hermano Mayor, háblale al difunto mi Tatita donde se encuentre. Dile que aquí sus hijos lo estamos esperando. Le tenemos su comida, le tenemos sus piedras, las piedras moatavi,





para que entre en ellas, en las piedras del Sol, y nos suelte y no nos siga enfermando.²⁶

Y en la noche, llegó Fermín. Comió con nosotros y su alma descansó en las piedras moatavi que guardamos en una cajita, envuelta con un pañito blanco.

A los 15 años, llevamos la piedras con un algodón, pinole y tamales, al sepulcro de mi Tatita.

—Aquí enterramos contigo estas piedras. Descansa en ellas. Quédate con ellas. Suéltanos ya, Tatita, y no sigas enfermando. Dejo el pinole y el algodón, sobre la tumba y les digo a mis hermanos, a mis familiares:

—Ya váyanse. Quiero quedarme solo con el difunto mi Tatita.

Y ya solo, hablo de esta manera:

—Dios Penatzi, sujeta en las piedras a mi Tatita. Mira ya ha muerto mi hermano el chiquillo de siete años; todos nos hemos enfermado. Le quité las tres velas con que lo mató Toakamuna por no cumplir sus votos. Nos ha enfermado 15 años, y mi Tatita debe tener algún agravio, alguna deuda pendiente con el Patrón Toakamuna. Yo te ruego humildemente que me digas cuál es la causa de estos dolores y de estos sufrimientos.

—Toakamuna le mandó una flecha y deben llevarla a La Mesa. De otro modo no podrá descansar.

—Dame la flecha, Tajá, Hermano Mayor.

Y Tajá me entregó la flecha. Sólo tenía plumas y cera de Campeche. Yo la hice pedazos ahí mismo y luego hice otra flecha y la llevé a Toakamuna. Hasta la fecha, ya no estamos enfermos. Mi Tatita ha cumplido. Está con el Sol. Es ya la piedra moatavi.

Los muertos malignos

Te voy a decir, amigo, que esta mujer que tengo ahora se llama Angelina de la Cruz. Yo pensaba que tenía padre, pero su padre, llamado Paulín, se murió muy nuevo. Mi mujer sólo tiene nanita (abuela), su mamá llamada Alejandra, un hermano llamado José, otra hermana llamada Aurora, mi cuñada, y otra llamada Cipriana, también ya casada en el rancho de Los Limones con un hombre llamado Gregorio Aguilar.

El otro día llegó este Gregorio Aguilar, y me dijo:

—Oye Pilo, ya tiene dos días de enferma tu suegra, la mamá de tu mujer Angelina. Ven a la casa, a ver si hacemos la lucha cinco días y se puede aliviar.

—Mira Angelina, búscate un algodón, luego tú, Aurora junta pinole para saber quién la enfermó.

Traje mi pipa, la encendí y les hablé a los dioses; les pregunté quién había mandado la enfermedad. Tajá me avisó luego que Chakán la agarró, se bañó muy tarde en el río. Este Chakán es peligroso. Manda frío, manda calenturas.

—Ah, no es tanto. Yo la voy a curar pronto.

Me levanté con mis plumas, cuando alisté el pinole.

—En nombre sea de Dios. Tú Chakán, a ti te digo: ¿Para qué andas agarrando a mi Nanita? Suéltala pronto y confórmate con este pinole y con esta lana negra de borrego. Y tú Dios Penatzi ragaña a este Chakán para que no le haga daño a mi familia.

Terminado el rezo le dije a Gregorio:

—Mira, ya se le quito el frío, ya la soltó el Chakán.

—Bueno —dijo Aurora mi cuñada— ya me quiero ir. Al fin mi Nanita está aliviada. Dejé solitas a mis gallinas y a lo mejor llega el coyote.

Dos meses después mi suegra volvió a enfermarse. Llegué a su casa y le pregunté:

—¿Dónde te duele? El Chakán ya te soltó. ¿Qué te ha pasado?

—Me dolió el costado. Creí que iba a morir y ahí quedé tirada.

Rezé mucho. Les hablé a los dioses. Soñé que le dije al niño Hátzikan:

—¿Es enfermedad la que le ha pegado a Alejandra? Tú debes decírmelo.

—No —contesto Tajá—, enfermó porque el difunto su marido jerró y lo tiene agarrado Toakamuna.

Alejandra, cuando murió Paulín, se juntó con el difunto Ignacio Flores y tuvo con ella a Cipriana y a Aurora. Era un mal curandero. Una vez le dijo a su mujer que pensaba ir a La Mesa para que el patrón Toakamuna lo enseñara a curar bien y Alejandra le aconsejó:

—Mejor no vayas, a poco jerras.

Según me platicó después el difunto Ignacio Flores, se fue a una cueva del río, donde se quedó ayunando. Lo vio su hija Cipriana y le llevó dos tortillas.

—Bueno, ahí déjalas. En la tarde voy a comer. Busca un bulito de agua.

—Aquí está el agua —le dijo Cipriana.

—Ah, qué pronto corriste.

—Dice mi mamá que si usted va a llegar después del ayuno.

—No, no voy a llegar.

Allí durmió solo, cuatro días y al quinto día, cuando Cipriana lo buscó ya se había ido a Tuakamuta, donde llegó oscureciendo, con un algodón, unas plumas y una flecha del sol Takua Tayashú. Le pidió al Patrón, los poderes y el Patrón le habló derecho. Tenía que serle fiel a su mujer cinco años y éste no cumplió. A los dos años, cuando ya estaban por así las chichitas de Angelina, se la robó y se fue con ella para Ixcatán. Alejandra se enojó y el juez le dio una carta para que le devolvieran a su hija. La halló en el mero Ixcatán, en la casa de Pablo Luca, y allí recogió a su hija. Ignacio Flores se había ido a Ruiz con un amigo, y por allá murió de mala manera. Alejandra no entregó a Tuakamuta los muveris de Ignacio Flores, no le hizo su corrida y por eso el muerto la estaba enfermado y enfermaba a mi mujer Angelina.



—Hombre —le dije a mi suegra— ¿cómo no entregaste al Patrón sus muveris? Ahora tengo que llamar al muerto, tengo que comprar café, tamales, carne. Le voy a decir que venga. Le voy a decir que no enferme a su mujer ni a la mía. Le voy a quitar lo que trae. Viene seguro, porque tiene hambre. No le dieron comida cuando murió. Voy a regañar al cabrón de Ignacio Flores. Tajá me dijo que trae la vela Kauti Katira, la que tiene pelos de gente, pelos de vaca y de caballo, la que trae monedas para enfermar a la gente. No volverá a molestar Ignacio Flores. Lo voy a correr con mis plumas y con ramas de tempizque y de zapote porque los muertos le tienen mucho miedo a esas ramas. Lo voy a correr como si fuera un perro rabioso. Ignacio Flores en un perro rabioso.

El castigador castigado

La actitud de los coras ante la muerte carece del fatalismo huichol, del pathos dramático que los empuja a matarse. En “Jesús María” no se recuerda un solo caso de suicidio. Su idea es que otro lo mata: un ebrio colérico, un mal enviado por los dioses y los hechiceros, una infracción a los votos. “Que me mate la enfermedad —afirman—, que me mate un enemigo, yo no puedo matarme”.

El mayor deseo de cora es disfrutar los bienes que los dioses dejaron en el mundo, y este amor a la vida determina su prisa por desembargarse de los muertos, por despojarlos de todo lo que se llevan con el objeto de castigar los descuidos culpables en que incurren sus familiares durante los ritos funerarios.

Las virtudes y las faltas de los muertos se transmiten a los vivos. No importa cuantos años pasen, el difunto está agazapado en alguna parte haciéndose sentir de un modo insoportable. Hasta los bustoani, es decir, los huesos pertenecientes a los seres de una generación desaparecida, a los ancestros gigantes o a los antiguos que no “recibieron el bautismo” en una versión moderna, causan enfermedades y molestias sin cuento. Los chamanes que tienen acceso a los cementerios obtienen sumas importantes utilizando toda clase de huesos. Los muertos son sus aliados, sus proveedores, sus cómplices, pero también ellos están expuestos a sufrir sus venganzas.

El sueño de Pilo, donde se le reveló que el padrastro y violador de su esposa después de veinte años seguía causando males, y el sueño en que Tajá lo flechó para castigar su indiscreción yo los consideré como naturales en la vida de un chamán cora. Existía un paralelismo entre la muerte del padre y la muerte del padrastro causada por infracciones sexuales que lo lesionaron, y no les atribuí ningún carácter premonitorio, pero unos meses después, cuando ya estaba casi terminado este libro, el profesor Salomón Nahmad, director del Centro Cora Huichol, me dijo que Pilo había

muerto y que los funcionarios de “Jesús María” atribuían su fallecimiento al hecho culpable de haber traicionado sus secretos religiosos.

Lo dejé lleno de energía, disponiéndose a tumbar el monte. Había logrado correr al padrastro pagando los gastos de la ceremonia y aparentemente el Gobierno de la Tribu no sancionó sus servicios de informante. ¿De qué pudo morir entonces un hombre de 43 años, todavía vigoroso a pesar de sus trabajos y vigiliass?

Sin descartar las censuras del Gobierno de la Tribu, las cuales pudieron influir en su estado de ánimo final, yo siempre temí que su oficio de curandero le causaría graves enfermedades. Se sentaban a comer con las uñas largas y negras, pues aunque había tocado el cuerpo de sus pacientes nunca se lavaba las manos ni tomaba la menor precaución higiénica. Valeroso batallador que tomaba los males por el cuello y los estrangulaba en el aire, chupador de cuerpos dolientes y manejador de muertos putrefactos debe haberlo aniquilado una enfermedad contagiosa. El curandero, fiel a sus hábitos, no podía dar el mal ejemplo de llamar al médico del Instituto Indigenista que una vez curó a su mujer, se extinguió en su lejana cabaña, rodeado de colegas impotentes. Sin duda le extrajeron piedras, granos de maíz, lo limpiaron con sus plumas, emborracharon la enfermedad cubriendo de humo su cuerpo, hablaron del muerto que lo perseguía y, con todo, no lograron apaciguar a los Patrones. Su gran intermediario, el Niño Hátzikan, y los Dioses Principales, lo abandonaron indiferentes a la pérdida de un chamán extraordinario, capaz de cantar “Las Pachitas” completas, de recitar los mitos acompañado de su arco o de ganar sus poderes en la cueva de Tuakamuna hablando con el difunto su Tatita; en el mar, frente a la roca de la diosa Chevímú o en la tierra amarilla y roja del peyote. Ahora su alma ha de vagar en las cercanías del Sol. Se ha convertido en ancestro y en fundamento de un poder cada vez más debilitado. Ha ido a reunirse con su Tatita, y yo puedo decirle lo que él les decía a los moribundos:

—Hermano, nuestra vida va en camino. Esto no tiene remedio. Nosotros nos quedamos llorando, pensando en la falta que nos harás, pero así es el destino.



2

EL FUNCIONARIO RELIGIOSO Y EL CURANDERO

Tumba en el coamil del común

El domingo, Nuestro Gobernador, el Tatuán, me da el pinole, me da la pipa y dice: —Usted, Basta, dígame por favor a los Dioses que mañana lunes comenzaremos la tumba del coamil en el Cerro de los Diablos. Dígame que sean buenos y que no nos piquen los alacranes y las culebras.

—Está bueno. Déme pues el agua, el pinole y el tabaco.

Me siento en mi sillita, preparo los pinoles y tomo mis muveris.

Uno de Ve kuasí (cola de urraca), otro de Tzichau kuasí (cola de águila Corta Viento), otro de Chui Kuasí (cola de Águila Dorada).

—Ahora sí ya voy a pedir. Ahora sí ya voy a chupar la pipa.

Se levantan todos con el Basta.

—En nombre sea de Dios. Dios Penatzi, Dios Penití, Dios Se Navaosimoa. El Señor Gobernador me pide decirles que mañana iremos al Cerro de los Diablos a tumbar el monte. Ustedes ven, ustedes oyen, ustedes entienden nuestros pensamientos, con el humo sagrado de la pipa, con las plumas sagradas de los muveris. Que no salga por ahí la enfermedad, un animal, una serpiente, un alacrán, todo lo que ustedes dejaron en el mundo. A ti me dirijo, Patrón de los Árboles, para que nos des licencia de tirar a tus hijos y no caigan encima de nuestros hermanos ni les hagan daño sus ramas.

Cuando termino le digo al Gobernador:

—Ya les hablé a los dioses. Ya cumplí tu encargo.

—Bueno, está bien. Descanse.

Pienso mucho rato, hasta la nochecita, sentado en mi silla.

—Tú Basta, díles al Teniente, al Alcarte, a los justicias que si ya quieren dormir, pueden irse a sus casas.

—Yo me quedaré rezando toda la noche.

—Yo me quedaré contigo —dice el Gobernador.

Amaneciendo nos levantamos y salimos fuera.

—Hombre, ahí viene el Alcarte. Ya viene listo con su hacha y con su machete. Ahí viene la gente.

—Bueno, salgamos al Cerro de los Diablos. Tú Basta, alista tu pipa y tus plumas. Haz un algodón y prepara el pinole que llevaremos al coamil. Ustedes Tupiles, lleven los bules de agua.

Y ahí vamos andando. Pasamos el río. Ahí agarran agua los Tupiles. Ahí cortan flores de cempoal. Y ahí vamos en fila. Primero el Gobernador, yo detrás del Gobernador, detrás el Teniente, detrás el Alcarte, detrás los Justicias, detrás los Mayordomos, más atrás los Tupiles.

—Hey, hey, vengan todos. Venga toda la gente. Vengan los huicholes vecinos a dar una mano. Y ahí están tumbando los árboles, tumbando la maleza. En medio del coamil, riego el pinole, preparo la ofrenda de algodón y de flores. Los Tenanches les dan de beber a los trabajadores. Avisa uno de los Justicias:

—Gobernador ya tumbamos hasta donde nos dijiste. Ya hicimos el trabajo.

—Bueno, descansen. Dale estos cigarros que mandó don Bruno (un tendero que paga en mercancías el trabajo obligatorio).

Y ya pasado el mediodía, los mayordomos traen petacas de tortillas, diez ollas de caldo de res, diez ollas de frijoles, diez ollas de atole

—Oye Arcarte —dice el Gobernador—, háblales a cincuenta hermanos que vengan a comer (el Gobierno sólo dispone de cincuenta platos lo cual obliga a dividirlos).

Después siguen picando palos. Trescientos hombres tumban aprisa y ya por allí el sol terminan con todo y la gente se reúne. Yo digo:

—En el nombre sea de Dios. Les damos las gracias a los Dioses superiores porque han cuidado a la gente del Gobernador y ninguno resultó herido ni picado. Los Dioses han escuchado nuestros ruegos y han tapado las enfermedades con sus plumas y han amarrado con sus grandes poderes a las serpientes y a los alacranes. El Patrón de los Árboles nos dio licencia para cortar a sus hijos, y todo se ha terminado.

Dice el Gobernador:

—Usted Margarito Díaz, mi Principal, déles ahora las gracias a nuestros hermanos. Han tumbado bien el coamil del común:

—Deben saber —según me pide Nuestro Tatuán— que hemos acabado la tumba. Ahora el día de la Santa Cruz, cuando el monte esté seco, vendremos a quemarlo si alcanzamos a llegar al día de la Santa Cruz. Entonces llamaremos a la gente que prenderá el fuego. Los que elija nuestro Teniente. Que Dios se lo pague.

—Está bien —dicen los hombres—. Comimos carnita y cumplimos con los Dioses.

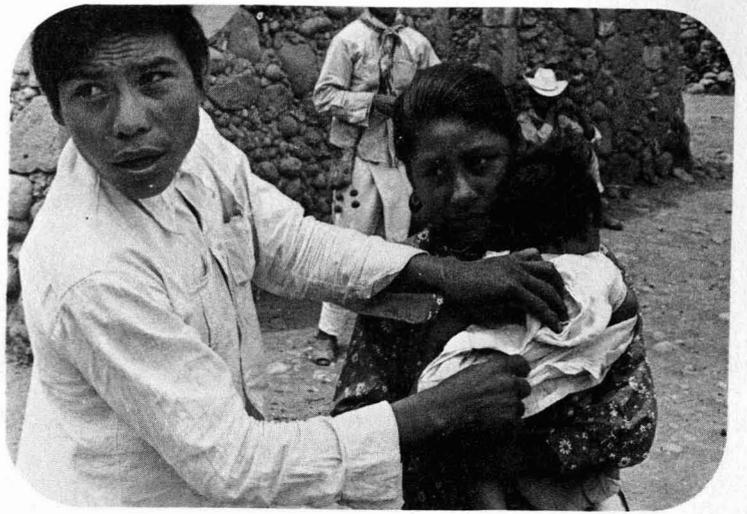
—Trabajen en sus coamiles. Nosotros seguiremos ayunando y rezando para que el pueblo cora pueda levantar a la Diosa del Maíz Rojo.

La quema del coamil

—En el nombre sea de Dios. Dios Penatzi, Dios Penití, Dios Tayau, Dios Toakamuna, ha llegado la fiesta de la cruz y queremos quemar el coamil del Gobernador. El Gobernador me ha nombrado Basta, me ha dado una pipa, me ha dado unas plumas con las que voy a decirte Dios Penatzi estas palabras: Yo no te veo, pero tú sí me ves a mí. Tú estás presente y yo te pido les digas a los Dioses que no salgan los animales, que se quemen bien los palos con la ayuda del Dios Fuego.

El Teniente, por órdenes del Gobernador, le dice al Arcarte:

—Ven Arcarte. Convida a los hombres. Ellos deben ayudarte a quemar el coamil. Aquí tienes los cerillos. Prendan bien el fuego. Uuuh, las grandes llamas se levantan al cielo.



El Gobernador, desde su casa, ve los humos. Ya quemado el coamil le dice el Teniente:

—Ya vino la gente que fue a quemar el monte. Ya vino el Arcarte.

—Bueno, entren a la casa y tú, Basta, avisa que ya quemamos el coamil

Y yo salgo con el Teniente, y el Teniente ordena quemar los cohetes en la cruz grande del atrio y en las cruces de los cuatro barrios. El Muayú, suena la campana grande, el Pizca Muayú toca las campanas chicas. Cinco veces suenan las campanas y se callan. En la Casa Fuerte tocan los violines, toca el tambor. Están bailando sobre la tarima. Ahí están las autoridades. Ahí llevan la comida los Mayordomos del Rosario, de San Antonio, de San Miguel, de Tétewa, la Virgen de Guadalupe. Allí pasan el día. Terminan con todo.

Los primeros elotes

—Ya están buenos los primeros elotes —dice el Gobernador— y mañana vamos a ayunar y haremos una flechita. Usted Arcarte mande comprar las plumas de la cola de la paloma (Kuasaran Ukukui), tú Mayordomo, busca unos algodones y llama al Basta para que venga mañana con su pipa y con su algodón.

Y yo me pongo en camino y hago la flecha que debo entregar a Toakamuna .

Ya en la mañanita va el Justicia al coamil. Corta con harta tristeza el elote rojo, la Reina del Maíz Rojo, la que está en el centro, y la envuelve en un paño; corta calabazas tiernas y las echa en un morral nuevo.

—Haber tú Mayordomo —dice el Gobernador—, recibe a Sita. Tú Basta toma la jícara que está en el centro del altar. Que descansa allí, sobre el algodón, entre las flores, nuestra Reina del Maíz Rojo. Ustedes, señores, mis Principales, vean: Sita descansa en su jícara. Ustedes dirán lo que debe hacerse. Basta, ¿ya preparaste la flecha? , ¿el gran algodón? , ¿falta algo? —no falta nada— hoy en la tarde traen el pinole crudo, el pinole cocido, cinco tortillitas, cinco tamalitos para llevar el elote al dios Toakamuna.

Al día siguiente ordena el Gobernador:

—Usted, Basta, fume. Principie a rezar.

—En el nombre sea de Dios. Sepan todos los Dioses que hemos cortado a Sita. Que aquí está su flecha, su algodón, sus pinoles. A ti me dirijo, Niño Hátzikan, para que le digas a Toakamuna que amaneciendo recibirá su ofrenda. Te lo avisamos. Se lo avisamos también a Toakamuna. El no está aquí. El está lejos, pero no importa. Toakamuna nos oye. Está junto a nuestros corazones.

Alto el Sol, les dice el Gobernador a los Principales:

—Ya no aguantamos el hambre. Debemos bañarnos. Di Basta que queremos bañarnos.





Los Principales fuman, yo me levanto con mis plumas y mi pipa en la mano:

—Que sepan los dioses que esta noche Sita será llevada a Toakamuna. A ti te lo digo Wáwata, a ti te lo digo, Koameche, a ti te lo digo Tabete Tetewa. A ti Niño Hátzikan en el cielo te lo digo: la que los dioses nos dejaron en el mundo ya está cortada. A todos les hablo para que después no digan que dejamos de avisarles.

Con una flor de cempoal bañó a la reina, bañó al Gobernador, a los Principales, a todos mis hermanos. Y ya salgo a la Mesa con los correos y llegamos amaneciendo. Subimos el cerro de Toakamuta. Nos metemos en lo hondo de la cueva, damos una vuelta. Hay muchos cuernos de venado, cuernos de toro, velas, flechas. Fumo mi pipa:

—En el nombre sea de Dios me despachó el Gobernador con el encargo de traer a Sita, aquí se la entregamos con su flecha, su pinole, su algodón, Toakamuna, Tokamuná, Toakamuta.

Toakamuna tiene los ojos cerrados y las manos juntas, le dejamos a Sita y nos despedimos de Tayau nuestro Padre el Sol. Sólo de regreso podemos comer los tamales que llevamos.

Es agua bendita de la iglesia mezclada al agua de Nakajtú, una diosa serpiente que iba camino del mar cuando Taja la mató de un flechazo. Saltó su cabeza y cayó dentro del agua. Todavía está allí su cabeza ensuciando el agua, por eso el agua de Nakajtú es agua sucia.

El Basta conjura las enfermedades

En nombre sea de Dios. Aquí voy a pintar este carrizo con mi tinta de copal, aquí pintaré los deseos del Gobernador, los pensamientos del Gobernador, pues avisa que viene la enfermedad. Usted, Gobernador me dirá qué pluma se ocupa para tapar esa enfermedad que viene de Catorce. Nosotros no la queremos. Estamos aquí, toda la gente, todas las familias, los hijos y las hijas, aquí nos hemos reunido para que no les pegue la viruela, la enfermedad terrible que sabemos viene de Virikuta. Queremos estar sanos, estar aliviados, los indios mexicanos de “Jesús María.” Tú meramente Dios, tú ayúdanos. Tú ves la enfermedad y puedes alejarla al otro mundo, al otro estado. Aviéntala con tus plumas lejos de aquí, a los cuatro rumbos para que no entre a nuestro pueblo, a nuestras casas. Ahora estamos bien. A ti clamamos, a ti te pedimos que todos los días, todos los años nos protejas. Que no permitas que se enfermen las bestias, los puercos, las gallinas. Cuídalos bien porque aquí estamos muy atrasados. Aquí no hay trabajo, está seca la tierra, aquí no sembramos por la seca como se siembra en la costa. Allí hay chamba, allí hay ganancias, hay trabajo en el tabaco, en la pizza, en el corte de hojas, en arrancar los frijoles; y con mucho sudor, con mucho trabajo ganamos

nuestra lana. El mediodía se descansa. Allí el patrón nos manda pepear las mazorcas porque en la costa no pizcan todas las mazorcas, no las juntan todas y hasta los frijoles dejan abandonados. Y si el patrón es buen amigo, nos manda cortar los elotes y podemos asarlos, nos da sandías, nos permite comer algo de lo que sobra, pero no podemos sacar nada, ni llevar nada a nuestra casa. Ahí se llenan los trabajadores, los peones, ahí descansan una hora para entrarle duro al trabajo. Y ya acabando, si ya quieren venirse, entonces le dicen al patrón:

—Ya acabamos de pizar esta tabla de tabaco, de modo que ya queremos irnos a nuestra tierra de “Jesús María.”

—Está bueno, amigo. Está pagado tu trabajo.

—Bueno, gracias patroncito.

—Lleven el frijolito y el maicito que pepearon. ¿Ahora se van?

—Sí, ya rayamos. Mañana nos vamos a pasear a Tepic, a comprar cosas para llevarle a la familia que dejamos en la casa.

Compramos dos piezas de manta, veinte kilos de arroz, dos cartones de panocha, dos hachas, un machete caguayano y dos machetes huacos, un sombrero que nos gusta, un rebocito para la mujer, dos cajitas de parque, una para matar venado o coyote y otra para vender a los amigos; un pantalón, una cobija de dos vistas que vale 150 pesos. 500 pesos por todo. Ganamos treinta pesos diarios; 15 por una tarea de treinta pasos cuadrados y si hacemos cuatro tareas ganamos 60 pesos, pero hay que trabajar de sol a sol y pagar nuestra comida y la comida de los burros, las mulas.²⁷

El lunes llegamos al Venado, porque allí están los animales y allí le vamos a pagar al amigo que los cuidó todo ese tiempo. De allí salimos y agarramos el camino para llegar al Zopilote. Quien quita no nos encuentren unos bandidos.

He reproducido el relato de Pilo porque da una idea aproximada de la forma en que canta el Basta. Un conjuro inicial para las enfermedades venidas de Catorce lo lleva a pintar su miseria y a contrastarla con la abundancia de la costa, donde —hecho inaudito— no pizcan todas las mazorcas y hasta dejan abandonados los frijoles que el patrón, si es “amigo”, les permite comer pero no llevarse a su casa. El Basta debe llenar un espacio de tiempo considerable y quizá recurra con frecuencia a esta clase de divagaciones durante las ceremonias celebradas en la casa del Gobernador.

Ceremonias de la lluvia

Pasada la fiesta de San Antonio, el Gobernador llamó a los Principales:

—A ver lo que piensan mis Principales, mis Tabaosimoa. ¿Cómo vamos a sembrar? No podemos sembrar en la tierra seca.





—Pensamos que es necesario llamar a Pilo, nuestro Basta.

—Bueno, tú Arcarte, llama a Pilo. Dile que lo necesitamos.

Llegué al rato y los saludé:

—Buenos días. ¿Aquí están?

—Sí, aquí estamos.

—Te han mandado llamar los Principales porque estamos tristes. No hay nubes. No hay señales de lluvia. Quien quita y tú Pilo, puedas traer la lluvia.

—Vamos a salir en la tardecita al campo de las fiestas, y vamos a ayunar. Que aguanten el hambre el Teniente, el Arcarte, los Justicias, los Mayordomos. Que aguanten cinco días nuestros Navaosimoa. Que traigan la Reina Roja de Tajá, la Reina Roja de Tatei Rosario, la Reina Blanca de Sanantún.²⁸

Y ya metiéndose el sol, los mayordomos ponen sus jícaras con las reinas en el tapeste y yo preparo el pinole.

—Usted, Gobernador, dígales a los Principales que me ayuden con sus plumas de águila, con sus plumas de urraca.

Ya me levanto fumando mi pipa:

—En el nombre sea de Dios. Aquí me ha dicho el Gobernador que estamos tristes porque no se ve la lluvia y está pasando el tiempo de sembrar. Clamo a ti, Dios Penatzi, Dios Penití, Tatei Rosario, Peniyaupoa, a ustedes clamo para que les hablen a los Patrones y hagan llover sobre nuestros campos. Nosotros no podemos hablarles pero ustedes tal vez puedan hablarles. Ustedes entienden a los Takuates, a los Patrones de Wáwata, de Villantá, de Nuiwantá, de Seventá, de Chevímú, a los Patrones de todo el mundo para que rieguen la tierra y brote el maíz, los quelites, las verdolagas, las hierbas y puedan comer los hombres y los animales.²⁹

Terminada la oración, el Basta, con una flor asperja a las autoridades, siguiendo un orden jerárquico. Reza tres veces: al amanecer, al mediodía y a la puesta del sol. Cinco días permanece sentado en su banco, manteniendo la cabeza inclinada entre sus manos. Los funcionarios comen un poco al anochecer y permanecen todo el tiempo en la casa del Tatuán. Pilo renueva la ofrenda de pinoles. Sus imploraciones son siempre semejantes:

—Aquí estamos esperando que llueva. Aquí estamos hablando con mis muveris a Villantá, a Warintá, a Nuiwantá, a Seventá para que te levantes de tu banco Chevímú, para que te levantes de tu banco Sáreme, para que tú, Kuámeche, te levantes de tu banco, para que se levanten las lluvias y rieguen la tierra. Teikame está triste esperando la lluvia, los Principales están tristes esperando la lluvia.

A los tres días se ven las nubes, saliendo de los rumbos cardinales, de los lugares sagrados y a los cuatro días se llena el cielo, pero no se oyen los truenos, no se oye nada. Hay un gran silencio en las alturas.

A los cinco días dice el Tatuán:

—Pilo trae el arco y la jícara. Haremos una fiesta. Topiles, díganles a los amigos que tienen carne, que tienen frijoles, que nos den una mano. Todos viven aquí y deben ayudarnos. A ver tú, Zacarías, ve a pedir arroz, que nos dé arroz el que tenga buena voluntad de darlo. Lleven las talegas.

—No tengo colgadas las talegas.

—Ahí están colgadas. Para eso las hizo el Mayordomo.

—Ah, pues de veras.

(Pilo describe con frecuencia estos diálogos que revelan un modo de pensar, una preocupación enfermiza de no hacer bien las cosas; de que todo se les señale con la mayor precisión.)

Al poco rato llegan con las talegas llenas: dos paquetes de galletas, dos de cigarros, dos docenas de cohetones.

—¿Qué dijo don Bruno, qué dijo Juan González? (los tenderos).

—No, pues dieron las cosas con gusto. Ellos también quieren sembrar. Hasta dieron tabaco; cuatro kilos de arroz, cinco kilos de panocha para el atole.

—Ah, está bueno. Que los mayordomos manden hacer la comida.

Entonces ya dejan las cazuelas en la frente del tapanco. Yo, el Cantador, estoy listo.

Canta con tu arco —me dice el Tatuán.

—Warintá ya te estoy hablando, ya te estoy hablando para que hagas llover sobre la tierra. Te hablo con mi canto, con mis plumas. Estamos tristes. Toda la gente está triste. Wáwata, Chevímú, Sáreme, Takuate, estamos tristes. Queremos que salgan, que vengan con sus tormentas. Vean a la Reina en su jícara. Vean que está pasando el tiempo de sembrarla. Todos mis hermanos tienen en sus casas las mancuernas para sembrarlas. Principales levántense con sus muveris. Háblenles con sus plumas a todos los dioses, para que venga la lluvia. Levántate Kuámeche, queremos que lluevas.

Mira, mi Reina está triste. Quiere que lluevas. Levántate Tétewa, queremos que lluevas. Levántate Sáreme, queremos que lluevas. Levántate Toakamuna, levántate Villantá, levántate Tajapoa. Vengan con sus tormentas. Ya sonó por ahí el trueno. Ya bailé. Bailen ustedes mis Principales. Que toda la gente se acerque a bailar. Bailen fuerte. Pisen el suelo con fuerza.

Allá lejos está lloviendo. No paren de bailar. Ya es hora de aventar los cohetes. Ya están cayendo los rayos. Bailen hermanos. Los rayos responden a los cohetones. Bailen mis viejos Principales. Agiten sus plumas. Que el humo de las pipas suba hasta el cielo. Nuestra danza es la lluvia. Ya nos mojamos. Ya bailamos mojados. Ya Teikame está contenta. Bailaremos toda la noche. Que traigan la comida. Comamos hermanos. Bailemos contentos.



El Centurión come peyote

Yo fui primer Centurión, Centurión Negro. Yo fui Guardián del Santo Entierro. Yo lo cuidé un año entero. Un año entero recé en su casa, la noche de los jueves. Yo lo maté el Viernes Santo porque así lo dispusieron los dioses. Pero el Santo Entierro no muere. Es como un venado, como el gran venado de Virikuta. Pensamos que lo matamos y resucita. Nuestras flechas no pueden nada contra él, las balas no le entran.

Yo fui soldado del Santo Entierro y llegada su gran fiesta gasté dos mil pesos. Hubiera gastado más. Es-El-Alma-que-nos-Sostiene. Es Nuestro Padre el Sol, es Nuestra Madre. El día de la sangre comí mucho peyote en su casa.³⁰ Cuando salí fuera vi el sol amarillo, amarilla la tierra. El muerto no tiene más que huesos. El muqui ya no tiene ojos, puros agujeros, y dientes blancos, muy grandes. Y pasó el muqui junto a mí y se fue el muqui. Desapareció. Luego llegó una muchacha bonita, con tetitas chiquillas. Yo quise agarrarla. Cuando estaba cerquita, se fue. Desapareció. ¡Quién sabe por dónde ganó! Ahí vino también el armadillo. Era un armadillo enorme. Sacaba la cabeza y con la trompa levantaba las piedras. Seguro tenía hambre. Seguro pensó comerme. Me asusté y entré a la casa. Llegué a mi sillita y ahí me senté. La casa estaba oscura. Bebí más peyote. Ahora era dulce el peyote. Oía a los negros, a los tiznados. Andaban muy lejos pero yo los oía. Los estoy mirando con los ojos cerrados porque el peyote ve bien, oye bien. Luego se me apareció Virikuta, la tierra amarilla y roja de Virikuta, los peyotes blancos como flores. El peyote canta igual que los huicholes, pero canta en cora:

Las mujeres vinieron del poniente,
 las mujeres blancas vinieron de Wáwata;
 vinieron coronadas de flores blancas.
 Sus caras eran blancas, sus plumas blancas,
 blancos sus huaraches. Vienen del mar,
 de la piedra de la lluvia. Son hijas
 del mar, de la diosa del mar Chevímú.
 Traían collares de perlas,
 brazaletes de frío, sonajas de frío.
 Venían de la oscuridad. Venían de la noche.
 y los hombres vinieron del oriente.
 Vinieron de Villantá.
 Sus aljabas y sus flechas eran rojas.
 Sus vestidos rojos brillaban;
 traían rayos en las manos
 y traían tormentas.
 y sus voces eran terribles.
 Las mujeres y los hombres se encontraron.

Las mujeres venidas de Wáwata.
 Los hombres venidos de Villantá.
 y cayó la lluvia sobre la Reina.
 Y se desataron las tormentas
 sobre la tierra seca de "Jesús María".
 Los rayos rejaban los palos.
 Y el aire parecía que echaba cohetes.
 Tronaba el aire: Bum, bum, bum.
 Y las mujeres de Chevímú tronaban más recio.
 Se oían las voces de los hombres rojos: Bum, bum.
 Y se oía el canto de las ranas: kue, kue.
 El mundo entero se mojó. Bramaban los ríos.
 Y nosotros arriba, mojados, bailábamos.
 Y el ruido de las sonajas atraía la lluvia.
 Las mujeres y los hombres bailaban en el cielo.

El carácter sagrado de la pesca y el viaje a la costa

A mediados de la cuaresma el Gobernador de la Tribu inicia con un ayuno los preparativos de la pesca sagrada y del viaje que los comerciantes deben hacer a la costa.

Convocados los 24 pescadores, les dice el Gobernador: —Pues bien, hermanos, ha llegado el tiempo de bañarse, el tiempo de pescar, y mañana bajarán a Las Guayabas. Allí pasarán la noche y luego se irán hasta Cofradía, donde los Mayordomos les llevarán una carga de tostadas, una carga de maíz y tres mujeres que les harán las tortillas.

Todo se ha dispuesto. Van a conducirlos dos Principales y el Basta. Ellos les dirán lo que debe hacerse. Yo desde aquí estaré ayunando y vigilando para que no les ocurra nada malo, y para que Nuestra Madre Wáwata, la Dueña de los Pescados les permita, sin peligro, bañarse en el río y generosamente les entregue a sus hijos los grandes bagres, las grandes mojaras, los camarones chicos y grandes y nosotros podamos comer durante las fiestas que se avecinan. A ti Virikuta, a ti Tatei Chevímú, Diosa del Mar, a todos los dioses les rogamos que tapen la enfermedad, les rogamos que nos den licencia de bañarnos y de pescar. Ahora ya pueden marcharse.

Los "bañadores", en la madrugada del quinto día de ayuno, bajan al río encabezados por la Basta y los Viejos Principales guías y consejeros de la expedición. Llegados a Teakutzi —la Piedra de la Garza— dejan ofrendas de algodones, flechas y flores. Reza el Basta:

—Aquí hemos llegado, aquí nos sentamos. Hagamos el pinole. Aquí dejaremos el pinole, el algodón y las plumas de nuestra Madre Wáwata. Ahora mis Principales enciendan sus pipas y fumen. Envuélvanse en las nubes del tabaco. Dejen aquí sus nubes. —Tomemos nuestros muveris. Fumemos. Las nubes llegan a Wáwa-





ta, llegan a Sárama, llegan a Kuámeche, llegan a Tétewa, suben al cielo. Con nuestros muveris esparcimos las nubes. A ti Tétewa, Madre Nuestra y Madre de los Pescados, a ti clamamos, a ti queremos decirte una palabra: amarra a los caimanes, a las víboras. Sujétalos para que no puedan mordernos y entremos a la oscuridad sin temor haznos el regalo de tus hijos. Los "ocupa" Tayashure, el Santo Entierro en su gran fiesta, en la gran fiesta que se avecina y tú no podrás negárselos a Nuestro Padre. Aquí ha terminado. Ustedes mis hermanos alístense. Tatei Tétewa nos ha dado licencia de pescar a sus hijos.

Tienden la red circular en el agua profunda y nadando y buceando la recogen poco a poco hasta la orilla donde aguarda el Basta con su pipa y sus cetros de plumas de águila y urraca.

El Aguacil toma un pescado, lo amarra y se lo entrega al Basta que dice:

—Este pescado es el Dios Toakamuta. Es necesario sacarlo y llevárselo al Gobernador para que él ordene dárselo en su cueva de la Mesa a Nuestro Dios Toakamuta. Y tú Aguacil, busca otro pescado chico y tráelo aquí, sin sacarlo del agua.

El funcionario elige entonces un pececillo, le abre la boca y el Basta le da pinole:

—Tú, hijito de Wáwata no te muevas, no salgas del agua. Tú no debes morir sino andar contento en el río y multiplicarte. Tú eres la simiente que echamos en el campo del agua y tú nos darás una buena cosecha el año entrante. Regresa a la casa de tu Madre la Diosa Wáwata.

Las mismas ceremonias se hacen en Takázete, la Casa de los Pescados, en Taipua, la Roca del Fuego y en Acajemi, Carrizales. Los bañadores en las dos semanas que dura la pesca sólo comen tostadas, tortillas y camarones, no prueban la sal y deben estar en ayunas hasta el medio día.

De regreso, el Gobernador los recibe en su casa y dice uno de los Principales:

—Ya venimos. Gobernador, ya cumplimos con lo que ordenaste.

El Basta enciende su pipa y se dirige a los cuatro rumbos cardinales.

—En nombre sea de Dios. Hemos llegado con bien los que fuimos a bañarnos. Gracias te damos a ti Hermano Mayor por habernos auxiliado y a ti, Madre Nuestra, Tatei Wáwata por habernos dado a tus hijos.

El Basta los asperja y se asperja a sí mismo. Después habla el Gobernador:

—Gracias les damos bañadores por su trabajo, por los peligros que sufrieron en beneficio del Santo Entierro. Ahora descansen y fumen.

Los Principales cuentan y reparten los pescados:

—Estos son tuyos Gobernador, éstos son tuyos, Centurión, éstos son para los mayordomos. Apenas ajustamos diez docenas.

—Está peligroso el río —comente el Basta—. Uno se puede ahogar.

Poco antes de organizar la pesca sagrada el Gobernador y los Centuriones en la casa del Sto. Entierro, disponen el viaje de los arrieros a la costa. Es un asunto complicado ya que debe runirse la contribución personal de los dos Centuriones y de los Mayordomos, el pago de los regalos hechos a los vecinos el año anterior y el dinero de las "mandas" que algunos coras deben por haber recibido favores de los Dioses. Ha de precisarse el monto y la naturaleza de las compras, determinar cuántos arrieros y mulas tomarán parte en el viaje, su itinerario y su duración, lo que exige una multitud de embajadas, de juntas y de acuerdos.

El propósito del viaje consiste en acopiar la mayor cantidad de víveres, sobre todo panela, arroz, plátanos y pescado seco del mar, productos costeros que debido a su rareza tienen una gran demanda, pero su carácter comercial está subordinado a un sentido religioso que lo relaciona con los viajes de los comerciantes aztecas. La expedición, hecha en nombre y bajo la protección del Santo Entierro está a cargo de un Basta. Todos los participantes deben someterse a un rito de purificación, privarse de sal, ayunar toda la mañana, caminar desde el amanecer hasta la puesta del sol, y reforzar el aparato de sus defensas mágicas. Elegido el lugar donde han de pasar la noche, el Basta enciende la hoguera, vierte pinole y dice:

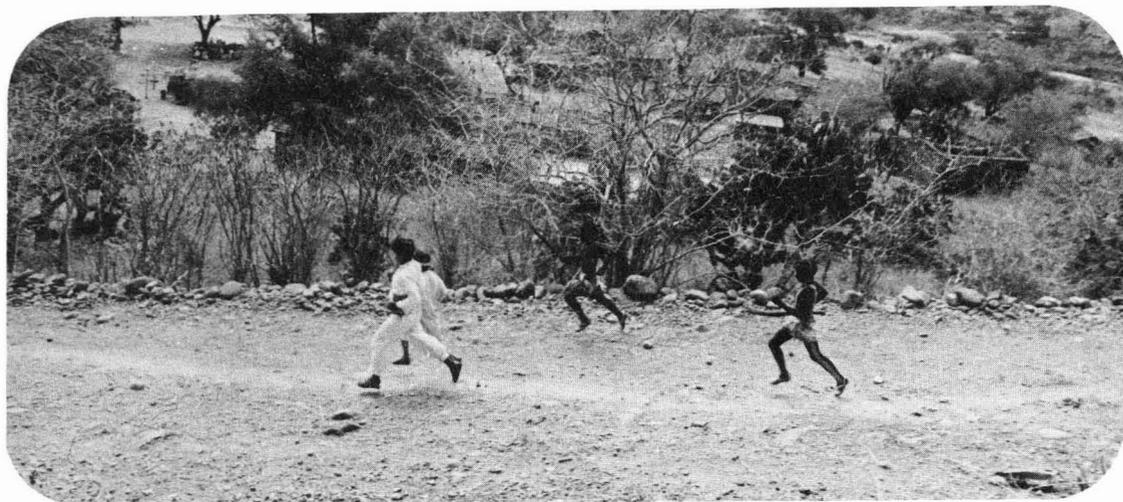
—Aquí hermanos vamos a descansar. Yo les ruego a Nuestro Padre Tayashure, El-Alma-que-nos Sostiene, aleje a los bandidos, a las serpientes y a las enfermedades y nos dé licencia de amanecer con salud y buen ánimo.

A la mañana siguiente riegan pinole en el suelo y reanudan la marcha. En Ruiz hacen grandes puros y fumando realizan la primera compra: listones blancos y rojos, dos metros de paño negro, un kilo de azúcar, un kilo de café y un kilo de canela que llevan adonde han dejado sus animales. El Basta reza:

—Esta es la primera compra que hacemos en nombre del Santo Entierro. Los listones servirán para vestir la lanza del Primer Centurión, el paño negro para tender a nuestro Padre Tayashure, la canela, el café y el azúcar, para darle su bebida. Que él consagre sus ofrendas y nos dé inteligencia para cuidar los intereses de los hermanos que nos aguardan en "Jesús María".³¹

Al comprar los pescados secos y los plátanos, apartan dos y los dejan donde deben hacer las cargas y otros los guardan en un algodón a fin de llevarlos más tarde con el Dios Toakamuna. En total adquieren quince cargas, es decir lo que pueden llevar quince bestias.

Cuando aparece el Basta en lo alto del cañón seguido de sus arrieros y de sus animales cargados, el pueblo se alegra. Es el cumplimiento de los votos, el anuncio de la prosperidad. El dinero de las mandas, lo que se regaló a los vecinos y lo que gestaron los Centuriones ahora se devuelve y el contra regalo establece el



espejismo de la abundancia. Por primera vez, en medio de la seca, hay pescado, hay plátanos, arroz, frijoles, azúcar y café. El Santo Entierro genera su economía y pone en circulación los preciosos dones de la costa.

Bastones de pluma

Los chamanes coras utilizan en las ceremonias un vistoso cetro de plumas de urraca que los huicholes consideran como una innovación heterodoxa. Para ellos el poder chamánico radica en las plumas de las águilas asociadas místicamente a las cornamentas de cinco venados machos y cinco venados hembras, bautizados con los nombres de las águilas. Las plumas son, además, los libros del chamán huichol; sus dibujos y su color representan un lenguaje esotérico que desconocen los coras.

Fuera del gran mayori, los bastones de ambos chamanes son idénticos y realizan las mismas funciones curativas y mágicas. Pilo tiene cinco muveris que siempre trae consigo en su petaca de palma trenzada. El primero, lleva plumas de Tzichau, el águila "Corta Viento", pájaro temible cuyas alas delgadas y filosas como un cuchillo pueden cercenar las cabezas de los animales pequeños. Este muveri se emplea en las enfermedades más graves ya que materialmente guillotina la cabeza de los diablos y de los espíritus malignos, a la velocidad fulgurante con que lo hace Tzichau durante su vuelo. Un segundo astro de igual eficacia lleva plumas doradas de la cola del águila Chuishu y un cascabel de serpiente. Pilo lo hace sonar para llamar la atención de Tajá a quien se dirige en el momento decisivo de la curación diciéndole:

—Espero tu ayuda inmediata, espero que alejes a la enfermedad sin dilación alguna.

Un tercer muveri está adornado con las plumas negras listadas con rayas blancas del águila Tará que posee la virtud de ver en la oscuridad y por lo tanto de descubrir la enfermedad más oculta y rebelde. Otros cuatro muveris, están investidos con las plumas grises y rayadas de negro del Águila de los Arroyos, la que se alimenta de cangrejos y pecesillos; las plumas cenizas de águila Jainatan, las oscuras de Kuajrave, el águila mayor y las hermosas rayadas de blanco de Muashuma, el Águila Zumbadora llamada así por su graznido. A fin de reforzar los poderes de los bastones que sólo tienen plumas de gavilán o de águilas inferiores, se añaden las de Kuajrave, Tzichau y Chuishu, las más poderosas, si bien todas ellas constituyen el arsenal mágico del chamán debido a que las águilas, lo ven y lo saben todo, son aves rapaces y sanguinarias que picotean, desgarran y ahuyentan a las enfermedades.

Los muveris también descubren las flechas y los objetos dejados por los hechiceros. Suele ocurrir que un cora sintiéndose embrujado ocurra al chamán en busca de protección. Entonces el chamán los encuentra y hace una velita de cera de campeche que entrega a

su cliente. Este la guarda y a los cinco días el chamán la recoge llevándola con piedras y pedazos de fierro al lugar donde reside Tiyaru, el Espíritu Malo. Allí prende una vela y dice:

—Esta vela la enciendo para que tú, Espíritu Malo, hagas que el ofensor sienta ardores en todo su cuerpo, sienta que se está quemando y sufra dolores espantosos.

Luego apaga la vela y la arroja con las piedras y los pedazos de fierro añadiendo:

—Toma esta vela, estas piedras, estos fierros y encárgate de meterlos en el cuerpo de este hombre infame que ha enfermado a la mujer de Catalino, ha enfermado sus vacas y su milpa.

El ofendido espía a su enemigo y si éste cae enfermo, le paga al hechicero su trabajo. Pilo tiene cuidado de aclarar que la brujería sólo opera cuando el pretendido ofensor es realmente culpable.

La flecha de la enfermedad

Una manera de hechizar muy extendida radica en el empleo de la llamada flecha de la enfermedad. Destinada a clavarse en el corazón de la víctima, se la dota de un grano de maíz —representa nuestra carne—, de un pelo de vaca y un cabello de elote. Dice el chamán:

—Tú grano de maíz, carne nuestra, haz que no pueda defecar, tú pelo de vaca, cáusale dolores terribles en la garganta, tú cabello de Nuestra Madre, seca su milpa.

Ya muriéndose el hombre —aclara Pilo— me manda llamar y veo en el algodón las oraciones de su mujer y de sus hijos. Entonces clamo al Arcángel San Miguel y el Arcángel me dice a través del algodón: "Te comunico que no son los dioses los que lo han enfermado sino una persona que también a mí clama, pero yo no haré nada en beneficio suyo."

Yo le digo a la mujer del hechizado:

—Ya el Ángel me habló. Es una persona la que ha enfermado a tu marido y haré todo lo posible por curarlo. A mí me dejan averiguarlo. Tajá me dirá en el momento preciso lo que debo hacer. Cuando Tajá descubre que el enfermo está herido de una flecha, Pilo chupa el costado del paciente y con el auxilio de sus plumas, la arroja al suelo.

—Miren, tenía esta flecha, clavada en su corazón: ¿Qué hago con ella? ¿La destruyo? —pregunta a los familiares, ya que la víctima está "recién operada" y no habla.

No la destruyas. Devuélvela a su dueño. El nos envió este sufrimiento y el sufrimiento debe recaer sobre él.

Pilo arroja la flecha en dirección a la casa donde vive el culpable, y el hombre, "debe pagar cara su culpa". Siente dolores atroces, manda llamar a un curandero, éste localiza la contrahechicería y así se origina una cadena de hechizamientos prácticamente inagotable. Sin embargo, Pilo afirma que en "Jesús María," casi no



se practica la brujería. La flecha de la enfermedad es temible debido a los objetos que contiene, pero carece de plumas, a diferencia de la flecha votiva la cual tiene su cara. La incisión de la caña representa su boca, dos plumas, sus orejas, sus ojos están hechos de dos bolas de copal y el cuerpo lo tiene pintado de símbolos.

Ritos de pasaje

En la mañana llega un hombre a mi casa y me dice:

Pilo, aquí vengo con este negocio: mi hermano Pedro ha caído enfermo y todos queremos que nos hagas el favor de curarlo. Si puedes ir, estaremos contentos.

Bueno, estoy ocupado tantito, pero en la tarde voy a ir sin falta. Ustedes alisten un algodón con cinco pesos para pedirle a Dios que lo alivie y alisten un pinolito crudo para echárselo a los Dioses. Ahí me esperan; ahí oíré en el algodón lo que Dios tenga a bien decirme. Quien quita y pueda curar a este enfermo:

Buenas tardes —les digo entrando a la casa—, ¿qué tal el enfermo? ¿Nadie lo ha curado?

No, pues nadie. Aquí tienes el algodón y el pinole que nos pediste.

Ve al pobrecito Pedro que está tirado en su cama de otates y digo:

Ah, hombre sí está malo. Mucho malo. Voy hablar con Dios. El me dirá de dónde vino la enfermedad. El lo sabe bien, porque él dejó a los Patronos que echen la enfermedad. Búscame agua para mezclarla al pinolito. Búscame tabaco para llenar mi pipa.

Alevántense. Preséntense ante Dios.

Soplo el humo y principio a buscar con mis plumas:

—En el nombre sea de Dios. Dios que eres mi Hermano Superior, Dios que eres mi Madre, Dios que eres mi Padre, aquí les entrego unas cuantas palabras según lo acordado desde el principio, entre ustedes, mis padres, y yo, Pilo Tamirano Luca. No tengo la sabiduría necesaria por ser un gran pecador, pero tú, mi Padre, tienes todo el poder, obras en todo con tu gran poder. Ya que eres un todo, ya que dispusiste que nosotros nacióramos en este mundo donde estamos, donde existimos, pues éstas fueron tus disposiciones, a ti aclamamos, pidiéndote nos hagas saber por medio de estas plumas de dónde salen las enfermedades. Queremos que nos hagas este bien, que te encargues de averiguar de qué rincón de la tierra salió este mal, ya que tú eres por cierto el que dejaste los espíritus de la tierra y no sabemos si ellos han sido los causantes de esta desgracia. Así se quejan tus hijos. Así se quejan, principalmente por el que más padece, por el que está más enfermo, sus padres, sus hijos, su mujer, sus hermanos. Se sienten muy afligidos. No quieren aceptar este mal, no aceptan que su pariente se cambie de este mundo al otro mundo. Tú, ve el cuerpo del enfermo, alvíalo.



Y lo miro todavía, y miro que la mancha no es muy grande y hay alguna esperanza de aliviarlo.

—Está grave —les digo a sus familiares—, pero yo trataré de salvar a con el polen de tus flores, purifícalo, cúbrelo con las nubes del cielo, como yo lo cubro con el humo del tabaco. Así como tus espíritus han enviado tristezas y dolores, así también eres el único que puedes ahuyentarlos con tus grandes facultades divinas. Queremos que todo esto lo sepas, que nuestros ruegos lleguen a ti, y te compadezcas de este hijo que criaste en el mundo. No hallo más palabras para expresar nuestras hondas aflicciones. Me dirijo a ti, mi Hermano Superior, a ti mi Madre, a ti, mi Padre Todopoderoso, a ustedes, nuestros buenos padres, tan buenos que no pueden ser mejores. Cubran este cuerpo, sanen a este enfermo. Y aquí termino, esperando de corazón que oigan mis palabras.

Entonces me siento y empiezo a mirar el algodón. Tiene una mancha de tierra en el centro, lo cual significa peligro de muerte. Pedro con la ayuda de San Miguel Arcángel. Yo cantaré y rezaré toda la noche y a veces dormiré para saber en medio del sueño la culpa que tiene este enfermo. Mis padres me comunicarán si oyen mis súplicas. Si esta persona puede salvarse. De lo contrario, con pena y con lástima yo les diré de inmediato lo que han dispuesto los dioses.

Ahí me estoy rezando y cantando. Todavía oscuro, duermo, y en el sueño miro a San Miguel Arcángel. Y me dice:

—De parte mía no hay inconveniente que se cure el enfermo, pero mi padre Dios y mi madre Tatei han determinado que este hombre descansa por las obras cometidas en contra de sus disposiciones. Yo no puedo hacer nada. Las órdenes de mis padres son mayores que las mías.

Despierto, y reúno a la familia:

—No se puede hacer nada. A pesar de tantos ruegos, y aún interviniendo yo porque es mi hermano, he sabido que no va a levantarse, por lo cual suplico a ustedes que me disculpen y no me guarden resentimiento. Yo hice todo lo posible y a ustedes sólo les queda pensar que hay un Dios que determina estas cosas, que él nos da la vida y él nos la quita.

Si el enfermo todavía puede escuchar, acorta su vida y se va desvaneciendo; suspirando se silencia. Al entrar en agonía, yo, acompañado de sus familiares me confieso:

—Hermano, no quisiéramos que tu vida se termine. Nuestra vida va en camino. Esto no tiene remedio. Nosotros nos quedamos llorando, pensando en la falta que nos harás, pero así es el destino. Únicamente podemos decirte que Dios perdona las faltas que hayas cometido aquí en este mundo.

Apenas muere, prenden una vela. Hacen una cruz de ceniza en el centro del cuarto y sobre ella tienden al difunto con los pies en dirección a la puerta. Después le visten una túnica (bata en el español de la sierra) y tejen una soguita de palma de dos brazadas

y media con la que le amarran la cintura formando dos cruces en las puntas. Después le ponen una cruz en las manos, con un paño le amarran las quijadas, y con otro le cubren la cara.

Cavan la sepultura gratuitamente los “ministros” enviados por el Gobernador. Se le lleva al camposanto unas horas después de muerto y uno de los familiares se mete a la fosa y con una vela encendida la bendice. Luego todos echan agua bendita para refrescar al muerto y preservarlo del calor que lo aguarda en el camino y arrojan la tierra en forma de cruz hasta llenar el agujero. Preguntan los familiares:

—¿Cuándo podemos reunirnos?

—En cuatro días nos reuniremos; procuren tener los cinco tamales y las cinco tortillas, la fruta, los frijoles, el pinole cocido y el pinole crudo. Y junten los tiliches de Pedro. Su vestido, su hacha, su rifle, su machete. Amarren cerca su caballo, metan un toro y cuelguen la carne encima del tapeste.

Pasados los cuatro días, a las nueve de la noche principio a cantar:

—Si va a ser posible que venga Pedro. Ya le concedieron permiso sus padres. No sabemos la hora que pueda llegar, por lo que les suplico a todos que se estén al alba. Debemos velar un poco y esperar a que se desprenda del cielo y se ponga en camino.

Tomo unas ramas de zapote, se las doy a los dolientes y me siento en el centro del círculo formado por los familiares.

A las cuatro o cinco horas oigo que se acerca el difunto. Me levanto de mi banquillo:

—Ya viene. Salgamos a recibirlo.

Lo llamo con mis plumas. Recibo el alma con mis plumas, y los familiares retroceden, asustados.

—Ya estoy aquí, así como lo han pedido. ¿Dónde están mis padres, mi esposa, mis hermanos, mis hijos? Quiero verlos por última vez.³²

—Ahora pueden hablarle y pedirle perdón —les digo a sus familiares.

—Que no recaigan en nosotros las faltas y los pecados por los cuales moriste —le hablo al muerto—. Perdónanos esas faltas y esos pecados. Te rogamos que no vayas a heredarnos tus enfermedades pues todavía pensamos vivir sobre la tierra. Le pedimos a Dios que te perdone y que nos libere de todos los males. No tenemos otra cosa que decirte.

—Bueno, pues ustedes se quedan con Dios —responde el muerto— Yo siempre me voy porque San Miguel Arcángel me está esperando allá lejos. El me trajo del lugar a donde fui destinado.

Levanto mis muveris y lo encamino. Todos sus familiares están llorando. Vuele el alma. Le arrojan su cinco tamales y sus cinco tortillas.

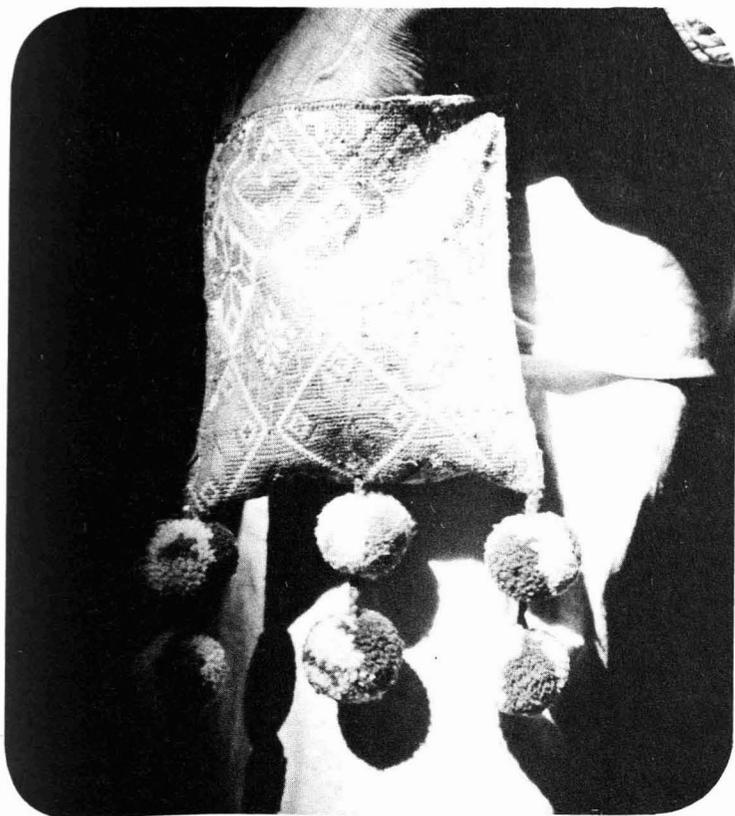
—Deseamos con todo el corazón que te quedes con Dios Todopoderoso y nunca más regreses.

Desarme del muerto

Poco antes de volver a México presencié una ceremonia funeraria donde ofició Pilo en la casa de la única mestiza de Jesús María que se ha incorporado a la vida cora. Viuda reciente, había muerto uno de sus nietos de sarampión, sin que se le ocurriera llamar al médico del Centro Indigenista y ahora ella misma había organizado la "corrida" del pequeño difunto.

El gran cuarto de adobes contiguo a la Casa Fuerte, está débilmente iluminado por una vela. Sentados en bancos se hallan sus tres hijos, muchachos campesinos de hermosos rostros, salvajes e impasibles. En una mesa descansan los tamales, las tortillas, los frijoles del banquete, y los niños, convalecientes de la misma enfermedad duermen a ratos o gatean por el suelo. La dueña de la casa, una mujer vieja, de cuerpo delgado y expresión inteligente, hace continuos viajes a la cocina atestada de mujeres y sirve café a los dolientes.

Pilo, sentado frente a un altarcillo, canta de tarde en tarde. Las horas transcurren lentas y pesadas. Los muertos coras son mucho



más poderosos, vengativos y tenaces que los muertos huicholes y no sólo se llevan consigo un arsenal de objetos peligrosos, sino que dejan flechas, piedras o huesos para provocarles enfermedades mortales o conflictos angustiosos.

En esta ocasión, como el muerto era un niño indefenso, la ceremonia carecía de interés y no sabíamos que nuestro amigo Pilo nos tenía reservada una sorpresa.

A las tres de la mañana anuncia la próxima llegada del muerto y todos salimos a la plazuela silenciosa y desierta. El mismo padre, al acercarse la hora del adiós, pierde su aire impasible y estalla en lágrimas. Pilo llama al niño levantando sus muveris:

—Ven, acércate; tus padres, tus abuelos, te están esperando. Ah, ya estás aquí, ya nos hablas.

El niño en figura de mosca —“La de la cabecita blanca”— está parado en una pluma del águila Tzichau. Los parientes lo observan sorprendidos y temerosos.

—Buenas noches papá, buenas noches mamá, buenas noches mi Nanita. He venido por última vez a saludarlos. Quiero mi tortillita, mi tamalito.

—Perdónanos —dice la abuela—, perdónanos. Te damos las gracias por haber venido.

—Ya me regreso con mi Hermano Tajá. Allí estoy contento.

—Vete pues —dice Pilo—, vete con él, que te está esperando.

Pilo sacude sus muveris. La mosca vuela perdiéndose en la noche. Pilo habla tranquilo y mesurado, pero de pronto da un salto y grita:

—Matías, dame lo que llevas.

Con sus plumas hece como que arrebató algo invisible y lo arroja violentamente al suelo. Oigo el ruido apagado que hace al caer sobre la hierba y veo con asombro, el eslabón de una vieja cadena, una vela grande y una costilla de muerto.

Pilo fuera de sí, enajenado pide agua y carbones encendidos que la abuela se apresura a llevarle. Echa los objetos y los carbones en una cubeta, se desvanece y está a punto de caer si no lo sostienen los muchachos.

Pasado un rato Pilo se recobra y le dice a la abuela:

—Tú lo viste. No era tu nieto sino tu marido Matías. Se presentó con el niño pero yo alcancé a divisarlo y le arrebaté con mis plumas el hueso, la vela, el fierro que se había llevado para enfermarlos. Ya quemé las cosas que pertenecen a los Patrones del Cerro. Ustedes saben de dónde vinieron y ahora deben hacerles una flecha con cuatro plumas de águila para que los proteja en lo futuro.

—Tú haz la flecha —le dice la abuela—. Te daremos un becerro por haberte robado tu tiempo.

—Dame lo que sea tu voluntad. Yo no desarmé al difunto. Lo desarmó Dios. Yo sólo he sido su intérprete. No tengas cuidado. Matías no volverá a molestarlos.



NOTAS

¹ El etnólogo alemán Konrad Theodor Preuss, trabajó con los huicholes, los coras y los mexicaneros de la Sierra Madre Occidental en 1905. El año de 1912 publicó el tomo sobre la religión cora, intitulado *Die Nayarit Expedition - Textaufnahmen und Beobachtungen unter Mexikanischen Indianern*, que ha traducido al español Mariana Frenk y podrá ser publicado en 1971.

² El jesuita José Ortega vivió 20 años entre los coras y a él le debemos un diccionario cora-español y la Crónica *Maravillosa reducción y conquista de la Provincia de San Joseph del Gran Nayar*. Editorial Layac, México, D. F. 1944.

³ Los coras han transferido una parte de su religión tradicional a los rituales católicos. La Judea constituye una milicia infernal destinada a dar muerte al Cristo, visto como Dios Sol y como el Dios Venado de los pueblos cazadores del norte.

⁴ En "Jesús María", el Ayuntamiento ha despojado al Gobierno de la Tribu de su poder de ejercer justicia relegándolo al ámbito religioso. Hay varios Tenanches —especie de sacristanes—, tres Basta, rezanderos del pueblo y maestros de ceremonias, dos Centuriones, el Negro y el Blanco, guardianes del Santo Entierro y jefes de la Semana Santa. Los Principales son los consejeros del Gobernador y los que dicen la última palabra en los asuntos de importancia.

⁵ El cantador es chamán y casi siempre curandero. El sabe los cantos sagrados y dirige las ceremonias tradicionales.

⁶ Jíkuri, nombre que dan los coras y los huicholes al peyote.

⁷ Los coras le dan el nombre de Takuate o Patrones a los dioses. Toakamuna, el Dios Sol, es su principal deidad y la comparten con los huicholes. Vive adentro de una caverna de la Mesa situada en el cerro Toakamuta, considerado también como una deidad. Tokamuná es el hijo del Dios Sol.

⁸ En el sincretismo cora Tajá o Hátzikan, la Estrella de la Mañana, es vista como San Miguel Arcángel. Toyán, es uno de los nombres del Sol.

⁹ Tatei es la Diosa del Maíz y según Preuss, la diosa de la Tierra y de la Luna. La representa en las fiestas tradicionales una niña que figura al lado del niño, representante de Tajá.

¹⁰ Roberto Téllez Girón, *Investigación folklórica en México*. Materiales. Volumen II Instituto Nacional de Bellas Artes. México, 1964.

¹³ Los huicholes llaman a la Diosa del Mar Tatei Aramara y radica asimismo en la roca que se halla frente a San Blas, Nayarit.

¹⁴ Muvieri es un pequeño bastón al que se atan plumas de diversas águilas y gavilanes. Son ellas las que confieren gran parte de sus poderes mágicos al chamán. Los huicholes lo llaman muvieri. La caja donde se guardan los bastones de pluma es particularmente sagrada.

¹⁵ Los coras con frecuencia llaman carrizos a las flechas.

¹⁶ Virikuta es la Tierra del Peyote y el lugar más sagrado para los huicholes

que lo visitan cada año. Los coras ya no hacen la peregrinación a Catorce —como también se le nombra por su cercanía a esta antigua población minera de San Luis Potosí—, pero los chamanes ahí obtienen parte de sus poderes y se enseñan a cantar en huichol.

¹⁷ Chacalejar significa pescar en el español de los coras por los camarones pequeños llamados chacaes.

¹⁸ Tatei Wáwata es una poderosa deidad de las aguas situada en el Poniente y la dueña de los pescados.

¹⁹ A la diosa del Maíz Rojo —la que se siembra en el centro de la milpa— se le da ese nombre porque los coras consideran sagrado el maíz rojo blando. Para los huicholes que siembran maíz azul, la Reina es la diosa del maíz azul, debido al color de los venados mágicos. El color rojo está asociado místicamente a la piel rojiza de los venados adultos.

²⁰ Taheté Tétena, diosa de la Tierra o del inframundo.

²¹ Sáreme, Diosa de la izquierda o del Norte. Tajapoa, otro nombre de la estrella matutina que esta arriba de nuestras cabezas.

²² La medida equivale a cuatro kilos.

²³ El moayu es el campanero mayor, el perrero el que despierta a los dormidos en la iglesia y el que silencia a los conversadores picándolos con un largo bastón por lo que también se le llama el Guardián del Silencio.

²⁴ Tai, otro de los nombres del Sol y del juego.

²⁵ Tapeste, especie de altar que se erige en las ceremonias.

²⁶ Las piedras moatani son semejantes a los diminutos cristales de roca, llamados urukasues por los huicholes. Ellas representan las almas de los muertos y de los viejos que provocan enfermedades y daños si no se hace una ceremonia especial para que entren en ellas.

²⁷ Machetes rectos y curvos.

²⁸ En "Jesús María" existen tres reinas del maíz: La de Taja perteneciente al Gobernador, la de la Virgen del Rosario y la de San Antonio.

²⁹ Villantá, Warintá, Nuiwantá, Seventá, lugares de la fertilidad situados más allá del Oriente.

³⁰ Llaman día de la sangre al Viernes Santo. La sacralización por medio de la sangre todavía vigente entre los huicholes y los coras la han llevado al homicidio de Cristo y concretamente al Santo Entierro visto como Sol y como Venado.

³¹ La lanza con que mata el Centurión a Cristo es blanca y roja, rojas su corbata y las flores de la gualdrapa de su cabello, como el color de la sangre. Las telas negras en que tienden el Santo Entierro y otras que lo cubren, simbolizan las capas de tierra bajo las cuales camina el sol durante la noche o yacen los difuntos.

³² El chamán es prestidigitador y ventríloquo. El muerto viene en forma de mosca y habla por la boca de los cantadores.

